3 1761 06743326 8

Ciro Bayo

La Colombiada

LA COLOMBIADA

OBRAS AMERICANAS DEL AUTOR

Vocabulario Criollo Sur-Americano. (Edición Hernando.)

El Peregrino en Indias. (Edición Hernando.)

La Plata perulera. (Edición Suárez.)

La Colombiada.

Historia argentina en verso. (Edición Maucci.)

EN PRENSA

Flores de la Pampa. (Romancerillo del Plata.)

La Colombiada

por

Ciro Bayo.

MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, Preciados, 48

PQ
6603
A9C6
1912

Es propiedad.
Derechos reservados.

LIBRARY
OCT 5 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

MADRID, 1912.—Imprenta de Bailly-Baillière, Cava alta, núm. 5.

POR VÍA DE PRÓLOGO

En mis correrías por América vine á parar á una barraca *gomera del río Madre de Dios, en la que permanecí cerca de tres años.*

Aislado de la civilización, metido entre indios y peones mestizos, eran mis únicas delicias la caza y la literatura. Á falta de libros donde estudiar, divertía las noches en emborronar cuartillas, poniendo en limpio mis apuntes de la Argentina y Bolivia, ó haciendo versos como ejercicio de composición para escribir mejor en prosa.

Así, en el silencio de la selva virgen, sólo turbado por la rumorosa corriente del caudaloso tributario amazónico, en una de cuyas barrancas estaba emplazado el centro gomero, escribí La Colombiada *y* El Vellocino de oro; *obra esta*

última que versaba sobre la expedición de Gonzalo Pizarro al país de Eldorado y la subsiguiente escapada de Orellana, Amazonas abajo hasta salir al mar.

En el aderezo de ambas empleé espacio de año y medio; el plazo estricto que señala el saladísimo Vélez de Guevara: «Que al poeta que hiciere poema histórico, no se le dé de plazo más que un año y medio; y que lo que más tardare, se entienda que es falta de la Musa». *(El Diablo Cojuelo.)*

Guardaba los dos manuscritos como oro en paño, no por lo que en sí valían, sino por el trabajo que me costó escribirlos. Hasta que cierta noche, los bárbaros—como allí llaman á los indios salvajes—cayeron de improviso en la barraca, la incendiaron, y aunque nuestros rifles les pusieron en fuga, el daño estaba hecho y lo quemado, quemado. Perdí mi modesto equipaje y con él mis mamotretos. Sólo se salvó LA COLOMBIADA, *porque un francés, tan buen pendolista como dibujante, empleado en otra barraca del río, gus-*

toso de la lectura que antes le hiciera de mi obra, me la pidió para ponerla en limpio é ilustrarla.

De modo que, Manuel Geraldi—así se llamaba el buen francés—tiene la culpa de que yo publique ahora La Colombiada; *porque repasándola al cabo de los años, la hallé pasadera, y sujetándola á alguna lima resolví darla á luz; ¡temerario atrevimiento en los tiempos que corremos!*

Lo único que me desazona es el título, un si es no es pretencioso, pero en último caso será una Colombiada *más. Porque á lo que yo sepa, otras tres se han escrito. La de* Joel Barlow, *norteamericano, en diez cantos, que publicó en 1787, reimpresa en 1807 en Filadelfia; la de* Madame de Boccage *(1770-1802), también en diez cantos, y la tercera, de* Felipe Trigo Gálvez *(Burgos, 1885), ésta en cantos XXIV.*

Por cierto que precisamente en el último folio de La Colombiada *de Trigo, hay una formidable errata de imprenta, que dice* La Locombiada; *y es porque seguramente estaba en la mente del cajista que sólo un loco escribe hoy octavas reales.*

Como quiera que sea, allá va mi COLOMBIADA *á probar suerte. Fácil me hubiera sido escudarla con un prólogo elogioso de algún reputado escritor que mirara mi trabajo por el prisma de la amistad; pero yo no quiero engañar al público, ni engañarme, con alabanzas que no merezca. Cada cual juzgue como tenga por conveniente.*

Por tanto, lector, si la obra te gusta, harás bien en decir que es buena aunque otros digan que es mala; si no te gusta, quedas en libertad de decir que es mala; y si no te agrada ni desagrada, como sucede con ciertos delicados manjares á que uno no está acostumbrado—que delicado manjar es el verso heroico—, sé benévolo, siquiera por aquella máxima cristiana: in dubiis, charitas.

En Madrid, á 25 de Mayo. Año 1912.

ARGUMENTO

ARGUMENTO

La magna empresa del Jasón cristiano
que, al través de las brumas de Occidente,
el velo descorrió del Océano
con la invención de un nuevo continente;
más la prez del imperio castellano,
que al Almirante dió barcos y gente,
celebraré cantando con voz alta
si el necesario aliento no me falta.

Que si bien tañedor del plectro usado,
nunca empuñé la sonorosa trompa,
ni estoy, según se entiende, acostumbrado
á su broncíneo son y épica pompa,
al sacro numen pediré confiado
sonoro acento con que el aire rompa.
Dame, ¡oh Numen!, que cante como siento
y con la inspiración, bríos y aliento.

Dame, sí, que con estro vigoroso
de un Dios airado la venganza cante
cuando á un vuelco del ponto proceloso
á la nada redujo el mundo Atlante;
cante luego el desquite venturoso
que el mismo Dios reserva al Almirante,
que siga al nauta á la invenida zona,
ciña en sus sienes inmortal corona.

CANTO I

LA ATLÁNTIDA

LA ATLÁNTIDA

Cual leve trompo suelto á la ligera,
en el sidéreo polvo diamantino,
así da vueltas la terráquea esfera
con orbes más en raudo torbellino;
gira y rueda en elíptica carrera
sin que nada le ataje en su camino;
nada ni nadie como Aquél no sea
que la hizo, la empuja y la voltea.

Aquél que dió atracción, calor y vida
á millares de focos soberanos;
que, con peso, con número y medida,
suspende los planetas de sus manos;
Aquél, en fin, á cuya sacudida
tiembla el orbe y vuélcanse oceános,
que con pavor y estrépito tonante
un mundo ahogan, como fué el de Atlante.

Este que veis, Atlántico coloso,
de un polo á otro polo dominante,
retratando en su seno misterioso
las costas de Poniente y de Levante,
un tiempo fuera imperio poderoso
de la raza pretérita de Atlante,
que desde Thule y Groenlandia fría
hasta Pirene y Calpe se extendía.

En él la madre Tierra echado había
copia abundante de felices frutos,
donde quiera que el Sol antes veía
pelada costra, páramos enjutos;
en cavernosos lagos escondía
monstruos alados y gigantes brutos,
que, en hórrida, en fantástica caterva,
se hacían entre sí guerra proterva.

Fieros dragones en bandadas miles
sombreaban los llanos. Las montañas,
por sin cuento horadadas de cubiles,
antros eran de hirsutas alimañas;
en medio de estas fieras y reptiles,
á mil riesgos expuesto y á mil sañas,
desnudo el hombre atlante salió á escena,
cual gladiador que lánzase á la arena.

Con singular constancia y fortaleza
toscas armas de piedra y fierro talla,
para á cuanto abortó Naturaleza
provocar á titánica batalla;
y, aunque en sin fin de obstáculos tropieza,
su razón vence todo y lo avasalla,
lo rinde á su albedrío, lo sojuzga,
y rey del mundo á sí mismo se juzga.

Una dócil esclava la Natura
en su orgullo al hombre le parece;
piensa que para él sólo se madura
el dulce fruto que en las ramas crece;
para él canta el ave en la espesura,
el metal en los senos resplandece;
brutos de tierra y mar se reproducen,
y el Sol, la Luna y las estrellas lucen.

En presunción tan loca no se para;
y á vueltas con su insano devaneo,
guerra á los cielos esta vez declara;
¡tal le engaña sacrílego deseo!
Á escalar las alturas se prepara:
ya toca con la mano el Empireo;
el Dios Tonante, cuya paz altera,
airado prorrumpió de esta manera:

«¿Quién el osado es, quién el profano,
Dios ó mortal, que en mi mansión se mueve?
¿Cúya la audaz, la temeraria mano
que de mi trono el escabel conmueve?
¿Quién ante mí, Dios Padre soberano,
con frente altiva á parecer se atreve,
y un reto lanza de atrevida guerra
al Creador de cielos y de Tierra?

¿Será quizás el dios que mal hallado
en el obscuro reino de la muerte,
asciende hasta el Olimpo iluminado
dejando el lote que le cupo en suerte?
¿Será el otro del piélago adueñado
que su tridente contra mí convierte,
harto de por el ponto pasearse
y en coralina cueva aposentarse?

¿Olvidan que con mágica cadena
tienen mis manos sofrenado el mundo
que, libre del poder que lo refrena,
con golpe chocaría tremebundo?
¿Quién, sino yo, los cóncavos barrena
para encerrar el piélago profundo;
ni quién, con juicio inapelable eterno,
llena de moradores el Averno?

Mas no provocan ellos mis enojos;
el hombre, sí, la débil criatura
hecha, porque así plugo á mis antojos,
del barro cuando dile mi figura.
Yo su artífice fuí: puse en sus ojos
el resplandor que la razón fulgura;
la palabra le di y alta la cara,
de modo que conmigo conversara.

¡Ingrato!, de estos dones se aprovecha
para escupir sacrílego á los cielos;
me olvida, me aborrece, me desecha,
llevado de la envidia y de los celos;
y, no contento aún, con bríos se echa
á derribar mi solio por los suelos,
creyendo, lo imposible, destronarme,
y en el sitial augusto suplantarme.

Mas yo castigaré con mano airada
tanta osadía y sacrilegio tanto,
en polvo reduciendo de la nada
al ser que tal ofende á su Dios santo;
sea la tierra por el mar tragada
con pavoroso ímpetu y espanto,
de modo que ni quede el polvo vano
del temerario pecador humano.»

Dijo; y á su mandato reverentes,
el báratro y el ponto, de consuno,
oir hacen los férvidos, mugientes,
elementos que encierra cada uno.
Ya salen empuñando sus tridentes
ígneo Plutón y acuático Neptuno,
para cumplir el magno cataclismo
de sepultar la tierra en el abismo.

Y empezó una lucha de titanes.
La Tierra, perturbada en su sosiego,
vió erizada su faz de cien volcanes
rebosantes de humo, lava y fuego;
vió las olas del mar, cual leviatanes,
llegar, crecer y amontonarse luego,
horrendas, con los lomos enarcados,
las costas asaltar por todos lados.

Como gigantes piras, las montañas
alientan por su cúspide altanera,
ya la lava que abrasa sus entrañas
ya el fuego que consume la ladera;
arden cedros y pinos, como cañas;
derrítense las rocas, como cera;
y, mil hebras de llamas, los picachos
desmayan en fantásticos penachos.

Y con porfiado y temeroso empuje
avanza el mar, que furibundo brama,
mientras el huracán del cielo ruge
y el éter en relámpagos se inflama.
La pobre Atlante en sus cimientos cruje,
el agua por su costra se derrama,
y por Calpe, cual ánfora vertida,
busca el Mediterráneo su salida.

Viérase entonces el terrible encuentro
del vivo fuego con las frescas ondas;
la irrupción de las aguas tierra adentro
hasta dar con las llamas de las frondas;
resquebrajarse de la tierra el centro
y cual lanzadas por tremendas hondas,
pellas de fuego, incendios de lignito,
disparar sobre aquel mundo precito.

Mansas por el pavor las mismas fieras,
olvidan sus instintos y disputas,
para trepar las altas cordilleras,
los cóncavos dejando de sus grutas;
antílopes, gacelas y corderas,
van tras las bestias ásperas é hirsutas,
y tórtolas, palomas y torcaces,
se juntan con las águilas rapaces.

Los hombres, en tropel, despavoridos
escapan, y con ojos lacrimantes
ora invocan humildes, compungidos,
al Dios excelso que insultaron antes;
en ayes se deshacen y alaridos,
mientras divagan por doquier errantes,
buenos y malos, míseros y ricos,
buscando con afán los altos picos.

¡Pero todo es inútil, todo en vano!
¡No hay para vosotros esperanza!
El Dios omnipotente y soberano
inclina en contra vuestra la balanza,
y su temible prepotente mano,
á los abismos lóbregos os lanza.
¿No declarasteis á los cielos guerra?
¡Pues los cielos la toman con la Tierra!

¿Quién alienta á decir el alboroto
espantoso, horrendo, nunca oído,
de un mundo que trepida en terremoto
cayendo, por completo, subvertido,
tal como el seno Atlántico fué roto
y por salobre piélago invadido?
¿Cómo pintar el vuelco portentoso
de un mar que busca su nivel ansioso?

Verdes collados, cerros elegantes
por tierra desquiciados se cayeron;
como torres ó cíclopes gigantes
á su gran pesadumbre se rindieron.
Tupidas frondas, selvas arrogantes,
del voraz elemento pasto fueron;
yerbas, plantas, arbustos y arbolones
en pavesas quedaron á montones.

Urbes, pueblos, alcázares y chozos,
todos fueron sorbidos ó arrasados
por la saña, la tala y los destrozos
de los cuatro elementos concitados.
Atlántida quedó partida en trozos
debajo de los mares irritados,
de suerte tal que al despejarse el cielo,
volvió á ocultarse el Sol movido á duelo.

Pardas olas de ocre, oleaginosas,
rodaban y rodaban, lentamente,
entre sí disputándose, afanosas,
los restos del sumido continente;
pacíficas, si antes alterosas,
el piélago arrullábalas, doliente;
dijérase de él que le penara
el pavoroso estrago que causara.

Cual guerreros que en pos de la jornada,
á sus reales regresan victoriosos,
aún olientes á pólvora quemada
caras, manos y arneses sanguinosos;
los densos nubarrones, en bandada,
flotaban en la atmósfera pomposos,
de mil vapores y matices llenos
sus dilatados, transparentes senos.

Cien cráteres brillar, de cuando en cuando,
vióse también de un cerco de volcanes,
reductos que quedaron apuntando
al abatido mundo de titanes.
¡Quién sabe si Titania está espiando
del fondo de la mar á sus guardianes
y á favor del más mínimo descuido
erguirse sobre el reino del olvido!

Á la manera que se ve un navío
de altiva popa, de árboles gigantes,
á babor y á estribor, con poderío,
ostentando las bordes rimbombantes,
ir en demanda, con pujanza y brío,
de las olas del mar aurirrollantes,
y prez de la nación que lo ha equipado
correr á todo trapo embanderado;

Mas, de improviso, en un bajo tropieza
que á la tajante quilla el paso ataja;
á sumergirse, lentamente, empieza
y encallado el puntal se resquebraja;
hasta que la flotante fortaleza
con la pérfida onda se amortaja,
á los vientos dejando por juguetes
en topes los flotantes gallardetes;

Así quedó el Hesperio Continente,
famosa tierra de la edad remota,
cubierta por el piélago imponente
que las playas de tres mundos azota,
dejando, aquí y allá, únicamente,
como pilastras de una puente rota,
los picos de sus montes empinados
de aquel naufragio universal salvados.

La madre Tierra viéndose anegada,
cubierto todo el haz del agua y cieno,
á los cielos volvía su mirada
batiente el pecho, de esperanzas lleno;
y en cambio de la Atlántida ahogada,
sintiéndose bullir el fértil seno,
pedía al Hacedor de la Natura
otro parto radiante de hermosura.

Éste *América* fué, el Nuevo Mundo;
más rico, más hermoso y más lozano
que el otro continente en lo profundo
hundido del Atlántico Oceáno;
Naturaleza, con vigor fecundo,
lo dió á luz, al morir el otro hermano,
y viéndole tan bello y arrogante,
resignóse á la pérdida de Atlante.

Tal una madre, en día luctuoso,
muerto á su primogénito recibe;
pero matrona de ánimo brioso,
á su dolor inmenso sobrevive;
pide dulces favores al esposo,
un nuevo hijo con amor concibe,
y, con parto feliz, dándole al mundo,
al primero olvidó por el segundo.

Del hemisferio occidental, la bella
América por reina se envanece;
brilla en su frente la polar estrella
que, inmóvil, en el Norte resplandece;
y con sus plantas, la galaxia huella,
que en cielo austral magnífica florece,
de la Nave, el Crucero y las brillantes
manchas del Sur, cuajadas de diamantes.

La *Sierra Madre* y la *Cadena Andina*,
soldadas por el *Istmo* en una pieza,
son la dorsal columna diamantina
que el cuerpo de la virgen endereza;
cuyo gigante torso de heroína,
radioso de vigor y fortaleza,
con orgullo, destácase magnífico
entre los dos: *Atlántico* y *Pacífico*.

La nieve, del *Tolima* y *Chimborazo*,
del *Aconcagua*, *Illimani* y *Sorata*,
al dorso de este atlético espinazo
en cascadas deshiélase de plata;
y su ondulante, enmarañado trazo,
del Sol, á los fulgores, se retrata,
como rica, crinada cabellera
que la espalda de América cubriera.

Y altos volcanes, que al Olimpo encumbran
los truncos bordes de sus conos bellos,
y, eternamente, al Universo alumbran
con antorchas de vívidos destellos,
en el nevado undívago relumbran
de esta rizada mata de cabellos,
cual prendido ó aderezo de rubíes,
de vivos y cambiantes carmesíes.

Grandes ríos rodando entre cristales
un tesoro de auríferas arenas;
de este organismo son las colosales
arterias que, pletóricas y llenas,
robusta linfa inyectan, á raudales,
en vasta cuenca de enlazadas venas,
con fuerza tal, con tan potente pulso,
que al mar tiñen, venciéndole en su impulso.

Raudo *Missisipí* le abulta el pecho
con golpes y latidos de frescura;
el rebosante, serpentino lecho
de *Orinoco*, le ciñe la cintura;
Amazonas, famoso por su trecho,
y el otro de *La Plata*, por su anchura,
devuelven al Océano el sobrante
de esta robusta savia circulante.

Perfilando el contorno soberano
del grácil cuerpo, á cuyos lados gimen,
uno y otro magnífico océano
sonoros besos en la bella imprimen;
ponen en ella su gigante mano,
por su talle de sílfide le oprimen,
y con acorde vaivén tranquilo,
ambos suspenden á la hermosa en vilo.

El proceloso *Atlántico* supremo
la adusta faz compone y embellece
cuando de Norte á Sur, de extremo á extremo,
á la diestra de América se mece;
no tan rendido llega Polifemo,
cuando ante Galatea comparece,
como el grande, el áspero océano
á la vista del mundo americano.

Ganoso de captarse los favores
de la amazona que de frente espía,
bulle continuamente sus vapores
con el calor del luminar del día;
y en las alas de los vientos voladores,
correos de su vasta monarquía,
los vierte en el regazo de la hermosa,
á nubadas de lluvia provechosa.

Menos feliz, si bien más dilatado,
más opulento, altivo y poderoso,
también, de polo á polo, á izquierdo lado,
colúmpiase *Pacífico* alteroso;
que, nunca con su sitio resignado,
el andino espaldar bate furioso,
corriendo, con rugidos de despecho,
á topar con Atlante en el Estrecho.

El mismo Sol, autócrata ceñido
de luminosa, espléndida diadema,
en inmovible trono revestido
con absorbente majestad suprema;
y en razón de su oficio, prevenido
á la pomposa corte del sistema,
también de amor se muere, por la ufana
belleza de la tierra americana.

De la suerte que un príncipe de Oriente,
visitando el país donde domina,
da con bella doncella, y, de repente,
cautivo de su gracia femenina,
se la aproxima con la faz riente,
hacerla su odalisca determina;
y, á la fuerza, quitándola á un vasallo,
la trasplanta al harem de su serrallo.

De igual manera, extático y absorto,
el Astro-rey del mundo planetario,
desque á América vió, por claro orto
sale en este su orbe feudatario;
pronto llega al zenit, y, á paso corto,
por un imán movido, involuntario,
cruza los mares, y dejarse cae,
en brazos del hechizo que le atrae.

Y como el dios, que con pasión lasciva,
en la prisión de Dánae se introdujo,
cuando prendado de la hermosa argiva
á fértil pluvia de oro se redujo,
con cuya metamórfosis, la esquiva
honestidad de la beldad sedujo,
dejándole el seno alborozado
con el gérmen del vástago engendrado.

Febo, también, con su destello rubio,
al hemisferio occidental innunda;
con el más áureo, enamorado efluvio,
las entrañas de América fecunda;
á la que, en dote de feliz connubio,
con el anillo ecuatorial circunda,
ornado con las galas y señales
de los viciosos climas tropicales.

En este ceñidor, que á la cintura
de aquélla, borda el resplandor febeo,
quiso además, solícita Natura,
realzar un lujoso camafeo,
con cien islas, rientes de hermosura,
cual pudiera pintarlas el deseo;
diadema de esmeraldas que corona,
la intertropical, tórrida zona.

Así, de cielo y tierra requebrada,
como otra Venus de eternal belleza,
en medio de dos mares situada,
América ostenta su riqueza;
y con ansias de virgen ataviada,
que por amor á desvelarse empieza,
muestra, inocente, su *preciado seno*
que al cielo ostenta de abundancia lleno.

CANTO II

LOS ARGONAUTAS

LOS ARGONAUTAS

El día tres de Agosto, á la alborada,
año noventa y dos, mil cuatrocientos,
abandonando de Moguer, la rada,
se daban á la mar tres bastimentos,
que, á favor de la brisa levantada,
gallardos, en poquísimos momentos,
se fueron de las costas apartando
con rumbo Sudoeste navegando.

Los naos eran que Castilla fía
á *Cristóbal Colón*, gran mareante
que á las Indias llegar se prometía
por el camino opuesto al de Levante,
una era la Real *Santa María*
que gobierna el novísimo Almirante,
y la *Pinta* y la *Niña* se llamaban,
las que los dos *Pinzones* comandaban.

Los pilotos, llegar hasta la altura
querían de las islas Fortunadas,
desde donde, tomar en derechura,
por marítimas vías nunca aradas;
pero, un percance, que á la *Pinta* apura,
les fuerza, tres semanas, bien contadas,
hacer en las Canarias estadía
buscando reparar esa avería.

Un náutico ejercicio placentero
dispuso el Almirante que se hiciese,
para pasar el rato más ligero
todo el tiempo que al ancla se estuviese;
y, en tanto, el descansado marinero
no mano sobre mano se aburriese;
mas en risa, bullicio y pasatiempo,
matara el ocio y divirtiera el tiempo.

Así tres grandes bochas de madera
por orden de Colón fueron labradas,
cuidando de dejarlas por afuera
con pez, resina y brea bien untadas.
Quedaron como tres bolas de cera,
en tal guisa redondas y alisadas,
que no era empresa baladí cogerlas
y menos sobre el agua retenerlas.

La gracia de este juego consistía
en que echadas las tres al oleaje,
con miras de captarlas se echaría,
á nado, el voluntario marinaje;
más como evitar pleitos convenía,
la consigna se dió al matalotaje,
que del primero que cogiese una
sería el galardón con la fortuna.

Anuncióse, además, á la escuadrilla
haberse una regata concertado,
á correr la distancia de una milla
contándose el regreso al mismo lado;
remitiendo á este fin, una barquilla
cada bajel al sitio del jurado,
que, como es natural, se sentaría
á bordo de la Real *Santa María*.

Fué con solemne pompa referido
el orden de los premios; y el primero,
era un costosísimo vestido
á usanza y al estilo marinero.
Este regalo fué constituído
para aquel que, más ágil ó mañero,
cualquiera de las tres bolas lograra
y alzándola del agua la mostrara.

Y sendas gorras finas, no estrenadas,
con un airón de plumas de colores,
de un cerquillo de raso veteadas,
esmaltadas en él varias labores,
fueron las ricas prendas señaladas
para aquellos más buenos contendores
que, con diestro timón y ágil remo,
primeros arribasen al extremo.

En cada carabela los pilotos
andaban á la chusma entusiasmando;
siendo de ver las prisas y alborotos
de éste, de aquél y del estotro bando.
Cien apuestas, y díceres, y votos,
se conciertan y vanse barajando.
La *Pinta* y *Niña* arrían batelones
donde embarcan garridos campeones.

No bien fueron llegados á la cita
escalaron á bordo la Almiranta;
entonces, sí, fué sórdida la grita
que por los aires cunde y se levanta;
la chusma sobre el puente anda y se agita,
cada equipo se reta y solevanta,
desnudos los más ágiles se ponen
y lanzarse á la prueba se disponen.

Los cuerpos, de la ropa desceñidos,
el Sol de Cáncer con su fuego entona,
halagando la piel y los oídos
un aura bonancible y juguetona;
Colón y los pilotos reunidos
están á popa, bajo fresca lona;
ya en el agua los tres globos flotantes
se muestran á los ojos incitantes.

De pie, sueltos los brazos y dispuestos
á los cimbeles arrojarse, á nado,
todos los contendores en sus puestos
aguardan el aviso concertado;
un cañonazo resonó, y prestos,
con ímpetu brioso, arrebatado,
sin tregua, ni compás, desde cubierta
prepáranse á saltar en pugna abierta.

Unos lo hacen lisa y llanamente,
empezando á nadar con ligereza;
otros se echan atrás, primeramente,
para tirarse al agua de cabeza;
y no pocos se paran de repente,
pegan un brinco, con gentil firmeza,
y en salto mortal, limpio y redondo,
caerse dejan al obscuro fondo.

En menos que lo digo se presentan,
á flote resurgiendo todos ellos;
abren las bocas que la brisa alientan,
sacuden presurosos los cabellos,
y, en seguida, solícitos se orientan
en demanda los tres globos aquellos,
por las ondas del baño más distantes
del sitio donde se mecían antes.

Como son excelentes nadadores
y la ocasión se presta al lucimiento,
mil juegos ejecutan y primores
con notable vigor y atrevimiento,
á guisa de ejercicios precursores
de la suprema prueba del intento,
por tácito convenio diferida
para punto final de la partida.

Ora, con algazara y fuerza suma
las sosegadas linfas chapotean,
y de un turbión de aljófares y espuma
se rocian, salpican y batean;
Ora, de espaldas, como leve pluma,
al rítmico vaivén se balancean,
hundiéndose, de pronto, cuantas veces
nadan entre dos aguas como peces.

De la suerte, que oliendo la carnada
flotante en alta mar sobre las olas,
acuden los delfines, en bandada,
las aguas azotando con las colas:
que alrededor la presa codiciada
dan saltos, volteretas y cabriolas,
y á fuerza de coleos y aletazos,
tiran de ella, hácenla pedazos;

De este modo, la chusma marinera,
dando á sus juegos fin, ora se apiña
en tres grupos, en torno cada esfera,
con prisas de infantil arrebatiña;
cogerlas buscan de cualquier manera;
todo es desorden, confusión y riña;
mientras á tanto golpe redoblado,
van aquéllas del uno al otro lado.

Pero en una de tantas sacudidas,
las bochas rebotando, tal se alejan,
que muchos jugadores, ya rendidas
ambas extremidades, al fin, cejan;
á sus rivales de fuerzas más sufridas
la conclusión de la partida dejan,
y atrás cían perdida la esperanza
de ganar el trofeo y la alabanza.

Los únicos en campo se quedaron
tres robustos marinos, tres atletas,
quienes todos sus bríos ensayaron
por retener las bochas inquïetas,
y al circunstante público asombraron
con sin cuento de ardides y de tretas,
cuantas veces, al ir á ganar uno,
los otros se lo estorban de consuno.

Ninguno de los dos rivales gana
á lince, á estratégico y mañero,
á un tal *Rodrigo*, de apellido *Triana*,
alistado en la *Pinta* de gaviero;
que aunque garzón, aunque de edad temprana,
en toda maniobra es el primero,
y en ocasión del juego ora metido,
tampoco quiere ser de otros vencido.

Pues el dicho mancebo, como viera
que si bien á sus émulos vencía
en pulmones y en vista más certera,
de nada todo esto le servía,
porque apenas tentaba alguna esfera
cualquiera de los dos le acometía,
que, ó bien de un empellón se la quitaba,
ó tiempo de agarrarla no le daba;

Los tres juguetes reunir procura
que estaban, al azar, desconcertados;
los empuja adelante con prestura
hasta ver sus contrarios rezagados;
luego, con mucho ingenio y travesura,
notando que éstos quedan distanciados,
dos bochas para cebo allí les deja
y empujando la otra más se aleja.

Libre de estorbos el garzón ladino,
de nuevo da principio á la tarea,
y aunque el lustroso globo, de contino,
se escurre, se sumerge ó bambolea,
Rodrigo, con astucia de felino,
lo calma, lo acaricia, lo tantea,
y en un instante, con gentil donaire,
lo alza en vilo, suspéndele en el aire.

No de otro modo Hipómenes venciera
en palio á la intrépida Atalanta,
amazona gentil que en la carrera
á todos los atletas se adelanta;
tres pomas, de una en una, á la ligera,
aquél le echó; la virgen las levanta;
á cuyo tiempo, su rival mañoso,
le alcanza y queda en campo victorioso.

El gozo con que ha visto de Rodrigo
el término felice de su empresa,
el vocinglero público testigo
con aplausos y vítores le expresa;
en tanto, aquél, trayéndose consigo
el trofeo, á bordo ya regresa,
para obtener, con la modesta gloria,
la prez y galardón de su victoria.

Terminado este náutico ejercicio,
sosegada la turba, ya repuesta
de los pleitos, escándalo y bullicio,
factores obligados de una fiesta,
en breve se aprestó para el servicio
de la regata por Colón dispuesta,
en la cual, más que el lucro, era la honrilla
lo que se disputaba la escuadrilla.

Sus botes más esbeltos y ligeros
habían ya la *Pinta* y *Niña* enviado,
con la nata y la flor de sus remeros
cada uno de ellos tripulado.
La almiranta eligió sus marineros,
también de lo mejor y más granado;
en su bote más rápido los puso
y á las otras, ufana, los opuso.

Ufanos los bateles se mostraban,
las linfas recortando á su albedrío,
mientras los tripulantes ensayaban
los remos, el timón, nervios y brío,
con otras gallardías que inflamaban
los encontrados gustos del gentío,
en tales casos siempre fluctuando
en pro ó en contra de uno ú otro bando.

Quién entre los curiosos prefería
un bote de los tres que vía delante,
porque con gusto estético atendía
al de hechura y perfil más elegante;
quién el seguro triunfo predecía
ateniéndose á un bando contrincante;
y quién llevaba á todos la contraria
por ser aquesto, en él, cosa ordinaria.

En éstos, en esotros argumentos,
y el recreo de armónico sonido
de varios musicales instrumentos,
el tiempo transcurría inadvertido;
cuando, al fin, el jurado reunido
ocupa como antes sus asientos,
y anuncia la señal que se pusiera
á una milla de trecho la bandera.

Buen golpe de insulares, en el puerto,
dando alaridos de placer se asoman
y en la anchurosa playa, al desconcierto,
en apretados grupos se amontonan;
otra porción, con más feliz acierto,
por las laderas de los montes toman,
desde donde la vista se derrama
en curioso y soberbio panorama.

Á bordo, se confunden y apelotan,
entre sí, los alegres marineros,
del lado aquel do las barquillas flotan
con los prontos y ágiles remeros;
los más curiosos al flechaste trotan
y á las vergas, haciendo de gavieros,
para observar, con detenido examen,
los lances y sorpresas del certamen.

Y, cuando todo se encontró dispuesto
para darse la orden de partida,
y los finos esquifes, en su puesto,
esperan impacientes la salida,
otro estampido resonó, y en esto,
con vigorosa y pronta sacudida,
cada lancha ligera se desata
ansiosa de vencer en la regata.

¿Visteis un escuadrón de paladines
preparado á justar, por el deseo
de adornarse con nuevos lambrequines
las prendas señaladas de trofeo,
no bien el agrio son de los clarines
da señal que en la pista del torneo
pueden los campeones dispararse
y las ansiadas cintas disputarse?

¿Visteis el escuadrón cómo se ordena
en rigurosa fila de batalla?
Cada ginete su corcel refrena
que, ansioso de partir, bufa y se engalla;
el alegre clarín súbito suena;
á cada contendor dispuesto halla,
y el escuadrón, en rápido momento,
echa á correr, parejas con el viento.

Pues así, cada alígera barquilla
á un golpe de los remos, vigoroso,
obediente al timón, con fácil quilla,
vuela, no corre, por el puerto undoso,
azuzada por toda la escuadrilla
y los vivas del público curioso,
aquélla, por sus nombres señalando,
los campeones de uno y otro bando.

Desde la nave capitana grítan
á su bote, infundiéndole coraje;
los de la *Pinta* y de la *Niña* incitan,
de otra parte, también á su equipaje;
y aquellos son, que más se desgañitan,
que á la vanguardia ven de aqueste viaje,
la lancha favorita, á cuya quilla,
su dinero jugaron ó la honrilla.

Al correr de los botes se veían
dos á dos, los remeros en su banco,
cómo con sendos remos dividían
los cristales por uno y otro flanco,
mientras los timoneles atendían,
mirando ansiosos al reñido blanco,
por la línea más recta y más segura
llevar la embarcación en derechura.

Casi á un tiempo, en una misma raya,
atravesó la trinca volandera
la milla justa que en la mar se explaya,
entre el punto de arranque y la bandera;
mas siendo, de rigor, que, de aquí vaya
de vuelta al sitio de la vez primera,
cada barquilla, haciendo una ciaboga,
con nuevo ahinco, presurosa boga.

No tanta rapidez, ni maña tanta,
despliega el avestruz americano,
cuando ve al cazador que se adelanta
con las dos boladoras en la mano;
bate las alas, el caballo espanta
y de un esguince escúrrese liviano;
como las tres barquillas desplegaron
cuando, obedientes al timón, viraron.

En los momentos críticos, supremos,
que á la meta final se avecinaban,
era de ver los bríos, los extremos,
que los rivales todos empleaban;
las rápidas bogadas de los remos
y el arte, con que así se soliviaban,
cual se ve al delgado carrerista
corriendo su caballo por la pista.

El bote de la nave capitana
delante de sus émulos venía;
luego, con quilla á la de aquél rayana,
rápido el de la *Pinta* proseguía;
y á retaguardia de los dos, se afana,
sin perder la confianza y la energía,
el de la *Niña*, con tal tino y provecho,
que, á poco rato, les iguala el trecho.

Puestos en parangón, los tres partidos
bogan, forcejan, gimen, y jadean;
los brazos, todavía no rendidos,
los ponderosos remos aletean;
y todos los curiosos reunidos,
inciertos y dudosos titubean
en predecir cuál llegará primero,
de entre los tres, al límite postrero.

Al cabo, nuevamente, á la cabeza
se pone, y á los otros se adelanta,
ó, por más fuerza ó por mayor destreza,
el bote que se arrió de la almiranta.
En ésta aplauden su sin par guapeza,
y el equipaje la victoria canta
creyendo han de ser sus compañeros
quien á la meta llegarán primeros.

Cuando, sentido de ominosa afrenta,
sin oir á la zángana zozobra,
su rival de la *Pinta* se violenta;
en un minuto la ventaja cobra;
y en la meta final sólo se ostenta,
con rápida y certera maniobra,
dejando á sus contrarios rezagados,
y, lo que vale más, desengañados.

Gallarda prueba de sus fuerzas dando
no obstante haber rendido todo el viaje,
algunas brazas prosiguió bogando
con idénticos bríos y coraje;
poco á poco, el batel fueron ciando
y en ordenado, rítmico viraje,
atracaron al sitio del jurado
á recibir las gorras de brocado.

Pocos días pasados de esta fiesta,
estaba ya la *Pinta* reparada;
y del agua y víveres repuesta,
pronta para salir, quedó la armada:
Colón, con alegría manifiesta,
dió orden de zarpar, y la ensenada
de Gomera, las cárabas dejando,
siguieron de una en una ponteando.

CANTO III

EL PICO DE TEIDE

EL PICO DE TEIDE

Dos ó tres singladuras alejadas
estarían de aquí, las carabelas,
navegando, en conserva, alineadas
al blando empuje de batientes velas;
á su paso, las aguas sosegadas
recargando de férvidas estelas
cuantas veces las tres orzan, bordean
ó con sesgo feliz, barloventean;

Que, sacudiendo la nevada frente
el sublimado pico de Canarias,
—*Teide* titán, al parecer durmiente,
á quien el grupo entero rinde parias—
derramó su mirada omnividente
por encima sus nieblas legendarias,
viendo sin conocerlas, por de pronto,
las naves de Colón surcando el ponto.

Por un momento, se quedó perplejo,
dudando si quizás ellas serían,
tres gaviotas, que al mágico reflejo,
de los rayos del Sol se engrandecían;
mientras con suave, juguetón gracejo,
al vaivén de las olas se mecían,
salpicada de aljófares y espuma
la deslumbrante, inmaculada pluma.

Ó si no, corredoras nubecillas
de aquéllas que el océano figura
poner á flote, en guisa de barquillas
de la más fina, celestial blancura;
hasta que, en pelotones ó escuadrillas,
desertando la acuática llanura,
á los cielos se alzan, vagorosas,
lastradas de vesículas acuosas.

Quiso salir al fin de incertidumbre
el cauteloso cíclope canario,
y explorando, mejor que de costumbre,
el anchuroso, undívago escenario,
reconoció, desde su excelsa cumbre,
ser los leños de un nauta temerario
aquello que á lo lejos se movía,
y á ras del horizonte se perdía

¿Visteis sobre la cumbre de un cerrillo
con vistas á los campos y á la playa,
erguirse un estratégico castillo
á manera de prócer atalaya?
Adentro el centinela del rastrillo
por todas partes su mirada explaya,
para dar el alerta y el quién vive
al viandante que alredor percibe.

Súbitamente, párase y recela
de alguien que la niebla se lo tapa;
registra el horizonte, con cautela,
pero el bulto se encoge y agazapa;
¿El chasco no reís del centinela
cuando el espía irguiéndose se escapa?
Pues, es nonada la sorpresa ésta,
comparada al que *Teide* manifiesta.

«¿Á do va?—prorrumpió *Teide* asombrado—.
¿Á do va esta mísera flotilla
que así se atreve al piélago sagrado
con prora audaz, con petulante quilla?
¿Cuál nauta habrá sido tan osado
para impulsarla á abandonar la orilla,
y no contento, el límite franquea
del horizonte que mi cima otea?

¡Guay de vosotros, voladores leños,
que corréis los azares de la suerte!;
porque sois miserables y pequeños
la onda con vosotros se divierte;
mas si pensáis haceros del mar dueños,
tendréis el desengaño con la muerte;
¡Atended que la pérfida bonanza
al seguro naufragio os abalanza!

Yo he visto, sí, magníficos navíos
andar por este mismo derrotero,
salvando, cual vosotros, los bajíos
de las *Afortunadas* donde impero;
los mares asaltáronles bravíos
y torcieron su curso aventurero:
naos eran, no pobres carabelas,
y, amedrentadas, amainaron velas.

¿Ó es que vosotros presumís, acaso,
invadir con más próspera fortuna
el escondido reino del ocaso,
de donde no volvió nave ninguna?
Como á otras también os abre paso
el mar terrible, zalamero os cuna,
para, en un abrir y cerrar de ojos,
repartirse después vuestros despojos.

Yo, Teide, que orgulloso en el extremo
del Pico estoy, en trono de amatista,
yo también, lo confieso, también temo
de hito en hito, sostener la vista
del Océano Atlántico supremo,
¡mi secular, mi digno antagonista!
cuántas veces airado se alborota,
y, con furor, mi pedestal azota.

¿Qué mucho que le tema, si Perseo,
que cortó la cabeza á la Gorgona,
y, el otro que, al mandado de Euristeo,
doce hazañas con éxito corona,
el paso detuvieron giganteo
apenas allegados á esta zona?
No pasaron de aquí, el ponto vieron,
y el camino ganado deshicieron.

Ellos, los gananciosos en cien lides,
cuya póstera fama aún resuena;
ellos, los invencibles adalides
de fiero gesto, de olímpica melena,
Perseo, en fin, y sobre todo Alcides,
hijo ilustre de Júpiter y Alcmena,
que á las hijas de Atlante su tesoro,
audaz, robó de las manzanas de oro.

Aquí se las tomó; en las risueñas
islas del archipiélago Canario
plantadas, como oasis, en las peñas
del espacioso ponto solitario;
aquí, do las Hespérides por dueñas
se fijaron, á juro hereditario,
entonces, que su Atlántida perdieron,
y en este nuevo edén se establecieron.

Parece que fué ayer, cuando aquí mismo,
desde mi alta nebulosa cima
presencié el sublime cataclismo,
cuyo recuerdo siempre me lastima;
un imperio rodando hacia el abismo,
un mar entero que sobre él se encima,
y eruptos mongibelos, su metralla,
lanzando sobre el campo de batalla.

Errantes por el piélago desierto
vi entonces acudir las Siete Hermanas,
que algún propicio dios puso á cubierto
de las tremendas iras soberanas;
buscando, ansiosas, un seguro puerto,
llegaron á estas ínsulas lejanas,
do tranquilas vivieron, hasta tanto,
que Alcides vino á deshacer su encanto.

De esta hecha, cual suele en primavera,
de garzas, una banda peregrina,
arribar felizmente á esta ribera
desde un país del África vecina;
mas, luego, alrededor de la albufera
avizorado un cazador camina,
párase, apunta, tira, el blanco yerra,
y las garzas se mudan á otra tierra;

Medrosas, las pacíficas doncellas
abandonaron el terráqueo suelo,
para ir, convertidas en estrellas,
á aposentarse en el alegre cielo;
donde juntas, sin penas, sin querellas,
libres, en fin, de virginal recelo,
por la serena bóveda pasean
y en el mar de su patria cabrillean.

¡Oh tiempo veleidoso é inconstante!
¡Oh pérfida mudanza de las cosas!
¡En qué pararon el coloso Atlante
y su imperio y sus hijas amorosas!
¿Quién, mirando este océano brillante,
al través de sus linfas silenciosas,
que un continente fué, adivinaría,
rico y poblado cuando Dios quería?

¿Ni quién, ya siglos hace, predijera
con quejumbroso treno de adivino,
que, después, cuando Atlántida yaciera
en gigante sarcófago hialino,
un hombre, un navegante, se atreviera,
¡oh sarcástica fuerza del destino!,
á rayar con el plan de los puntales
de esta urna, los líquidos cristales?

Ved, si no, la escuadrilla casquivana
que, en lontananza, piérdese y se aleja,
cuál corta con sus quillas la sabana
del mar ignoto, que explorar se deja;
algún genio de estirpe sobrehumana,
por fuerza, es quien la guía y la maneja,
cuando, así, tan gallarda, desafía
la inmensidad de la extensión vacía.

¿Habrá Jasón tal vez resucitado
su temerario codicioso empeño,
para pedir al ponto de este lado
otro tesoro de que hacerse dueño?
¿Habrán los argonautas dispertado
de su profundo, milenario sueño,
y, cortando otra encina de Dodona,
lanzádose de nuevo á aquesta zona?

Pero no, porque á tanto el jefe griego
ni sus cincuenta amigos aspiraron;
vinieron á estas ínsulas, mas, luego
que el jardín ya esquilmado visitaron,
medrosos del ocaso, con sosiego,
la proa hacia el Estrecho enderezaron,
desde donde, siguiendo vía reta,
al mar riente que circunda á Creta.

Al mar aquel, de náyades poblado
que el carro de Cibeles balancea,
siendo, entre tantos otros, consagrado
para cuna de Venus Citerea;
al mar, en fin, cerúleo, sosegado,
que la isla de Ariadna festonea,
tan distinto del piélago alteroso
que, á mis pies, se columpia magestoso.

A bordo, pues, de su bajel parlante,
de aquí los argonautas se partieron,
los únicos, quizás, que al mar Atlante
su fiero orgullo, avasallar pudieron;
con ellos, por las costas de Levante,
también mis esperanzas se perdieron,
de averiguar el no sé qué de raro,
que el ponto esconde como viejo avaro.

¿Pero quién hay que la última centella
no guarde de una plácida esperanza?
La esperanza gentil, tanto mas bella
cuanto da más trabajo al que la alcanza;
mariposa fugaz, tras cuya huella,
el hombre presuroso se abalanza,
por más que al apresarla con la mano,
deje, tan sólo, su polvillo vano.

Por esto, aquella la esperanza mía
no del todo de mí se ha despedido;
en ella me mantengo, todavía;
ella es siempre mi ensueño más querido.
¿Cuándo será que llegue aquel buen día
que un nauta pase el límite temido,
trayendo, á su regreso, las albricias
de raras y magníficas noticias?

Más, ¡ay!, siglos y siglos han pasado
con lenta, con cansada pesadumbre,
dejándome rendido y extenuado
sin voz de trueno, sin ciclópea lumbre;
pluma á pluma, los tiempos se han llevado
la esplendente cimera de mi cumbre,
quedándome la nieve, solamente,
para diadema de mi augusta frente;

Y aun estoy esperando aquella lona
que, hinchada, empuje la flotante quilla,
para dar el asalto al ardua zona
por el mar arrullada en la otra orilla.
¿Qué digo? Tan siquiera la intentona
he visto, si no es ésta, de sencilla
escuadra de pequeñas carabelas,
que el agua asombra, con boyantes velas.

Un tiempo vi, la mercenaria flota
que equipara Necao el egipciano,
dando la vuelta desde Ofir remota
al continente próximo africano;
un punto presumí que la derrota
desviara adentro el Oceáno;
mas, de largo pasó con su tesoro
de mirra, especias y marfil y oro.

Años y siglos, épocas y edades,
otra vez, á su turno, desfilaron
con sus cambios, mudanzas, veleidades,
que lo invirtieron todo y alteraron;
ya, las naves aquestas soledades
ni una vez, tan siquiera, visitaron;
de suerte, que cualquier otro creyera
que el mundo un vasto cementerio era;

Cuando, por fin, una feliz mañana
en la que Sol y brisas, á porfía,
barrieron de mi cima soberana
la niebla pertinaz que la cubría,
cierta escuadra atisbé, algo lejana,
con viento en popa, que hacia mí venía,
gozosa de encontrar en alto piélago,
tan singular, tan plácido archipiélago.

No con presteza tal se desordena
de las abejas el enjambre alado,
cuando, desde la próvida colmena
un campo ve de flores esmaltado,
ni de tanta alegría se enajena
revolando, del uno al otro lado,
para libar el sacarino jugo
con que Flora invitarle se complugo;

Como los navegantes de Castilla
las prisas redoblaron, los empeños,
y, á vela y remo, la pesada quilla
ansiosos ayudaron de sus leños,
para asaltar la descubierta orilla,
y, mal grado los díscolos isleños,
esculpir en los ásperos peñones,
la torre y el león de sus blasones.

¿Á qué decir de aquestos extranjeros
la altiva pompa de sus naves reales
sorteando, con vientos lisonjeros,
el dédalo, sin fin, de estos canales;
lo excelso de los altos masteleros;
la altitud de los húmedos puntales,
y, demás, pura afrenta de piraguas
que, hasta entonces, surcaron estas aguas?

Á su vista, la plácida confianza
de lo íntimo surgió del pecho mío,
no á tanta veleidad, burla y tardanza
rendida y desmayada todavía;
que, al fin y al cabo, premia la esperanza
al crédulo, que en ella se confía;
nunca es sobrado tarde cuando llega,
y en nuestros brazos trémulos se entrega.

Cálmate, ya, anhelo devorante
—decía á mi ansiedad con ella á solas—;
déjame en paz, sosiégate un instante;
pues llegaron las naves españolas,
una habrá arriscada, lo bastante
para lanzarse á las hirvientes olas,
queriendo, como tú, saber en dónde
acábase este mar y el Sol se esconde.

¿Ayer no más al puerto venturoso
arribaron, do gráciles, se explayan,
y, ya quieres que en viaje peligroso
al través del Atlántico se vayan?
concédelas un punto de reposo
quizá sus fuerzas, mientras tanto, ensayan;
yo te fío que pronto, sí, muy pronto,
ellas han de salir al alto ponto.

¿Por ventura este náutico boato
que el agua asombra y regocija al viento,
no pasará de estéril aparato,
de engañosa bambolla de un momento?
¿Ó es el español tan insensato
que, por servido dése y muy contento,
con haber este término tocado
por anteriores nautas alcanzado?

¡No y mil veces no!; el castellano
en más su pundonor y estima tiene,
ni á este simple archipiélago africano
su afán de gloria y ambición se aviene;
por algo más delante el Oceáno
alardea y firme se mantiene;
por algo que, solícito madura,
y, que en parte, á mí se me figura.

Esto, yo, en ocasiones, me decía
que á la sombra de mi égida ancoradas
las naves de Castilla descubría
con sus proas, al piélago apuntadas;
esto, con más ahinco, repetía
cuando, las firmes áncoras levadas,
movíanse, primero con pereza,
en seguida, con pronta ligereza.

Mas, del modo que en rápida algazara,
de potros la manada se alborota
y, abandonando la materna piara,
con suelta crin que la cerviz azota,
huye al galope, lejos se separa,
hasta que al fin, desanimada trota
vuelve grupas y escapa á la carrera,
al rodeo de yeguas que la espera.

Así, también, las naves castellanas
el amoroso puerto abandonando,
soltáronse, una y cien veces, ufanas,
con altanero rumbo navegando;
pero, al punto, que viéronse lejanas,
de una en una, aquí fueron tornando
donde, al arrimo de vicioso anclaje,
cansadas desistieron de su viaje.

¿Cuál cosa, pues, la mar tiene aprontada
en sus vastas magníficas regiones,
que así pone en constante retirada
á los fuertes ibéricos leones?
¿Qué muchedumbre, qué caterva alada
de vampiros, quimeras y dragones,
asustan la mirada del marino
y le hacen volver de su camino?

¿Será verdad que en alta mar distante,
al vaivén de la férvida marea,
un escuadrón fantástico volante
de endriagos monstruosos se pasea,
que, allá en sus antros, la infeliz Atlante
con rabia y furia y con rencor procrea,
para escupirlo, luego, venenosa,
hasta la faz de la planicie acuosa?

¿Ó es la inmensidad desierta, muda,
sin límites, que augusta se despliega
ante la vista, perspicaz y aguda,
del nauta que el Océano navega,
quien infunde en los pechos triste duda,
y de manera tal desasosiega,
hasta dejar ociosos en la orilla
los triunfantes bajeles de Castilla?

¿No se avergüenzan éstos, no se afrentan
de verse juntos al amparo mío,
cual cobardes guerreros que se cuentan
antes de responder al desafío?
¿Por qué entonces magníficos ostentan
tanta pompa, grandeza y poderío?
¡Vanidad todo al cabo, orgullo vano,
desprecio del Atlántico Oceáno!

Y pensar que una mísera flotilla,
aquella cuyo rastro ya he perdido,
zarpó de aquí, de la vecina orilla
sin pompa, sin alardes, sin ruïdo!
¡Así al orgullo la modestia humilla,
así el pigmeo al grande presumido,
cuando éste de pie baladronea
y con brillante arnés se pavonea.

¡Salve, salve, pequeñas carabelas
que así os lanzasteis al temido viaje!
Yo os envío, en pos vuestras estelas,
mi ardiente amorosísimo homenaje;
suaves etesios inflen vuestras velas;
¡Dios quiera que volváis con el mensaje
de haber con suerte próspera invenido
el secreto que el mar tiene escondido!

Y tú, ¡mortal ó genio sobrehumano!;
tú, su Jasón, su heroïco almirante
que á disputar un algo al Oceáno
te abalanzas con ímpetu arrogante:
no desmayes, no des paz á la mano
ni dejes de seguir siempre adelante,
porque el cielo al final de tu camino
ha de darte el dorado vellocino. — »

Así habló *Teide*, en tanto que la flota
por el piélago inmenso se perdía
sin cejar en la impávida derrota
que Cristóbal Colón trazado había;
Colón, sí, que la tierra más remota
con los ojos del alma entreveía,
y por el ponto Atlántico se lanza,
por la fe conducido y la esperanza.

CANTO IV

LA ISLA ENCANTADA

LA ISLA ENCANTADA

UFANA navegando va la flota
adentro de aquel mar desconocido,
sin más guía, más brújula y derrota
que vía recta adonde el sol caído;
ya perdidos el cómputo y la nota
de las millas que había recorrido,
nadie sino Colón decir pudiera
su número y la cuenta verdadera.

Siempre espaldas al Sol, contra Levante,
impávidos los nautas proseguían
escudriñando á proa, por avante,
si por acaso tierra descubrían;
la constancia, la fe del Almirante
esperanzas á todos infundían;
por esto en su conducta se fiaban
y las millas corridas no contaban

El mar, desierto inmenso sin orillas,
según el necio error se lo figura,
variada exposición de maravillas
ofrece á cada nueva singladura;
y ante el bauprés de las aladas quillas,
resurgen de la acuática llanura,
como evocadas por riente hada,
mil visiones que alegran la jornada.

Acariciados por favonio blando,
de las azules ondas sostenidos,
en escuadras los náutilus, bogando
van sus conchas de nácares pulidos;
alados peces, en errátil bando,
las quillas al sentir, despavoridos
salen del agua, perlas goteando
de las escamas cuando van volando.

Los ballenatos, en familia, yendo,
con majestad solemne y mesurada,
desde un polo hasta el otro recorriendo
la inmensidad de la región salada,
por anchos espiráculos vertiendo
dos turbiones de agua, matizada,
de todo un arco-iris de colores
cual suelen ofrecer los surtidores.

El mismo mar ostenta su sabana
recamada de pintas á porfía;
de algas verdegay, de ovas de grana,
de blancos copos que la espuma cría;
ó si no, invariable, lisa, llana,
sin más adornos, gala ni ufanía
que la severa paz del glauco fondo
y el esplendor del ámbito redondo.

Y el cuadro, iluminado á maravilla,
por derroches de luz, luz soberana
de un almo sol, que cual diamante brilla
en cúpula turquí de porcelana;
lustre que empaña á veces la escuadrilla
de una que otra nubecita vana
como rocas del aire, ó bien, pellones
de blancos y apretados algodones.

¡Dichosos argonautas! Ora al menos
paseáis estas vastas soledades
con viento en popa, á toda vela, ajenos
al embate de mil dificultades
que aqueste mismo mar, allá en sus senos,
fermenta en sirtes, trombas, tempestades,
para atajar al buque y al marino,
como esfinge que asalta al peregrino.

Porque este mar azul, aurirrollante,
así como á vosotros se aparece,
cuando, al beso de aliseo constante,
los desplegados linos favorece,
caprichos tiene de feroz gigante
que ríe al pronto, al pronto se enfurece,
asustando con locas veleidades
la amplitud de sus vastas soledades.

Es un atleta, que la férrea maza
de algas viste, de perlas y corales;
riza los labios, con amor se abraza
á náyades sudadas de cristales;
mas, súbito, ceñudo las rechaza,
y cual ogro de cuentos orientales,
á los abismos de su seno envía
aquellos á quien antes sonreía.

Aunque tranquilo, á la sazón, y terso
do quiera á vuestros ojos se difunda,
el elemento es que al universo
como un anillo de cristal circunda;
monstruo insaciable, ávido y perverso,
tres cuartas partes de la tierra inunda,
y sin cesar, ganando va la playa
que Dios le puso por frontera y raya.

Como suele el león de hambre dispierto,
espiar á las tardas caravanas
desde el oculto antro del desierto,
allá en las llanuras africanas,
que camina el convoy al descubierto
y el león de repente, entrando en ganas,
bate la cola, la melena eriza
y en campo abierto sale y mueve liza:

Así también, el ponto, de contino,
cuando rendido á vuestros pies se echa,
debajo de su fondo cristalino,
de hito en hito, al navegante acecha;
y, avaro y terco, como cruel felino,
del más leve descuido se aprovecha,
para sorber y devorar hambriento
cuanto flote ó caiga en su elemento.

Ya que ahora la mar adormecida
está por suave, misterioso encanto;
ó, tal vez, escuchando entretenida
de sus ondinas el vicioso canto,
pasad, ¡oh carabelas!, de corrida,
sus terribles dominios, entre tanto;
no sea que dispierte de su sueño,
y os interrogue con arcado ceño.

No sea que á un capricho obedeciendo
de cuantos aportó para sí en dote,
se vaya, poco á poco, enfureciendo,
aguas, vientos, arenas alborote;
y vuestra poquedad y audacia viendo,
con iracundo látigo os azote,
sepultándoos, en noche sempiterna
de coralina, húmeda caverna.

Pero el cielo benéfico y piadoso
que á los marinos de Castilla atiende,
de las iras del ponto caprichoso
les libra, les proteje, les defiende;
y con su azur más diáfano y hermoso
una amorosa égida les tiende,
dando así tiempo á las veleras quillas,
para invenir las índicas orillas.

De esta suerte, tres cisnes parecían
en el agua las tres embarcaciones
que, con gallarda pompa proseguían
su viaje por atlánticas regiones;
y á ratos á la vista se ofrecían
risueños panoramas y visiones,
como si el mar, de admiración tocado,
tributo las rindiera anticipado.

Uno de tantos lances, fué el encuentro
con isla de tan raras maravillas,
que, al querer alcanzarla, mar adentro,
corría y se burlaba de las quillas;
desde su móvil y cambiante centro
bien mostraba las gráciles orillas,
con todos sus perfiles y contornos,
árboles, plantas y demás adornos.

Encima de las aguas tal flotaba
tentadora, meciéndose la isleta;
un luminoso nimbo la cercaba
poniendo de relieve la silueta;
y Flora su recinto matizaba
del más fresco color de su paleta,
contrastando el verdor de este ornamento,
con el azul del mar y firmamento.

No adorna tanto el árida llanura
del Sahara, monótono, arenoso,
la visión recamada de verdura
de algún fértil oasis deleitoso;
ni con tanta manera se apresura
mirando este espejismo mentiroso,
por aplacar la sed de su camino,
el nómada, jinete beduíno.

Como la imagen de la isla aquella,
viste y alegra, el ámbito desnudo
del mar redondo, en cuyo tul descuella
cual verde camafeo en un escudo;
y va la flota, en seguimiento de ella,
maniobrando el gobernalle mudo,
con más tiento que niña deseosa
de atrapar la versátil mariposa.

Una á una, las tres embarcaciones
dan á la isla un circular bojeo,
desplegando sin fin de evoluciones,
para abordarla en medio este rodeo;
pero, aquélla, en todas ocasiones,
se burla de su táctica y deseo,
las cansa, las aburre, las fatiga,
y á cejar de su empeño les obliga.

Tal acontece, cuando distraída
cogiendo violas, dentro la floresta,
se ve por tres silvanos requerida,
sílfide sola, púdica y honesta;
se incorpora, da un ¡ay!, despavorida,
y aunque mujer, deslígase tan presta,
que á los faunos no queda más remedio,
que desistir del obstinado asedio.

Tras esta diversion, hacia adelante,
prosiguieron los buques su derrota,
abandonando la visión flotante
de aquella tierra, inaccesible é ignota;
si bien, cada argonauta, á su talante,
las impresiones de este lance anota,
haciendo inverosímiles comentos,
con ribetes de fábulas y cuentos.

Uno, que era decía un espejismo
de algún país, por fuerza muy cercano;
otro, que evocación del hondo abismo
que, por gala, pintaba el Oceáno;
otro, que era tal isla, el sitio mismo,
donde el rey don Rodrigo, mano á mano,
con Florinda, la infausta, vejetaba
y de España la pérdida expiaba.

Alguno, muy en serio la disputa
por el fantasma del edén perdido,
desde que, noramala de la fruta
probó Eva del árbol prohibido;
y durara más tiempo la disputa
que tiene al marinaje entretenido,
si un Manrique, con tal que se le atienda,
no ofreciese contar una leyenda.

Todos sus compañeros, de buen grado,
le fían su atención, incontinente,
pues estaba Manrique consagrado
por fácil orador, sobresaliente;
quien, viéndose de todos rodeado,
y dispuestos á oirle atentamente,
con voz entera y ademán tranquilo,
su relato empezó por este estilo:

«Amor contra Interés en cruda guerra;
Amor en pugna con los hados fieros;
Amor que, finalmente se destierra
y sucumbe en los mares altaneros;
esto, en substancia, la tragedia encierra
que referiros quiero, compañeros;
si aceptáis y os agrada tal asunto,
explanároslo voy, de punto á punto.»

Por ser el auditorio gente moza,
y por lo consiguiente, enamorada,
asiente y de antemano se alboroza
con esta introducción tan atinada;
al orador la risa le retoza
de ver su relación tan deseada,
cuya trama, de nuevo entretejiendo,
á su término trajo, así diciendo:

CANTO V

LEYENDA MARINERA

«LEYENDA MARINERA

En época, por cierto no lejana,
cuando el tercer Eduardo Albión regía,
una joven beldad, de nombre Ana,
en la corte de Londres florecía;
el dejo de su gracia soberana
al corazón más áspero rendía;
gallardos y magníficos señores
cayeron á sus plantas amadores.

Hija sola de un prócer colocado
sobre el más alto cuerno de la luna,
tenía por favor muy señalado
los bienes de hermosura y de fortuna;
ricos presentes, que á una niña el hado,
rara vez pone juntos en la cuna,
por ser en las mujeres la belleza,
su mejor, más espléndida riqueza.

Siendo, pues, tan hermosa como era,
rica de condición y noble clase,
no es extraño, que turba lisonjera
con palabras de amor, la importunase;
y, éste, porque de veras la quisiera,
y, el otro, que por rica la estimase,
ello es, que no había otra doncella
más festejada, como lo era ella.

Su padre, á mayor abundamiento,
movido del propósito más sano,
rogábala, cayera en el intento,
de á alguno conceder la blanca mano;
la hija, con cortés comedimiento,
siempre se le excusaba al buen anciano
con el reparo de sus pocos años,
ó con otros más hábiles amaños.

Pues, fuese que ninguno le cuadraba,
ó por vano capricho mujeriego,
de sus galanes ella se burlaba,
y del rapaz aquel que pintan ciego;
oirse requebrar, sí le gustaba,
que era lo mismo que jugar con fuego;
mujer que las lisonjas no rehuye
tarde ó temprano, por ceder concluye.

Pero, no siempre quien batió la brecha
primero entra en el abierto muro,
ni el cazador que disparó la flecha
del ciervo que va herido esté seguro;
de esto mismo, un segundo se aprovecha
para lograrlo, con menor apuro;
á las mujeres unos las persiguen,
otros, con presentarse, las consiguen.

Habéis de ver lo bien que en este caso
la precedente reflexión encaja;
veréis que aunque venido con retraso
un galán á los otros aventaja;
á Cupido veréis, también, de paso,
que todo lo trabuca y lo baraja;
hace alianza del rico con el pobre,
hace liga del oro con el cobre.

Un alegre torneo, en campo abierto,
dispuso celebrar el rey Eduardo,
para ver de sus nobles el acierto
en manejar la lanza, echar el dardo;
contra muchos en liza entró Roberto,
rubio mancebo, varonil, gallardo;
como á todos venció, ganó el trofeo
que designara el rey para el torneo.

Al son de los clarines y atambores
que celebran el fin de la palestra,
el héroe va á cobrarse los honores
que el rey le alarga con amable diestra;
y, como no hay valiente sin amores,
Roberto quiso de éstos hacer muestra,
poniendo el galardón de que se ufana
en propias manos de la hermosa Ana.

Pobre hidalgo, sin timbres ni riqueza,
á mucho este mancebo se atrevía,
ofreciendo su amor, con la fineza,
á dama de tan alta jerarquía;
en virtudes, empero, y gentileza,
á todos sus rivales excedía;
Ana, tras de quedársele obligada,
pasó, de agradecida á enamorada.

Amóle, sí; que al cabo el niño artero
hace suyas las víctimas que acecha,
y, con tanto probar, logra certero
en el blanco poner aguda flecha;
Ana, pues, por un pobre caballero,
los codiciados tálamos desecha
de marqueses, de condes y barones,
cargados de riquezas y blasones.

El padre, de sus méritos pagado,
y, más que todo, de su hija bella,
vivía justamente esperanzado
de esposarla con alguien digno de ella;
así que, en sus planes contrariado
por el humilde amor de la doncella,
probó atajar esta pasión, con tiempo,
creyéndola capricho y pasatiempo.

Con paternal acento bondadoso,
por ver si la convence, ora la dice,
que Roberto, aunque honesto y valeroso,
del alta condición de ella, desdice;
que le olvide; que el tiempo, pïadoso,
no hay llaga que no cure y cicatrice;
y en suma, que por ser tan buena hija,
con desobedecerle no le aflija.

Mas pronto convencióse de que era
vano empeño, propósito tardío,
probar á disuadir, de esta manera,
á aquélla, de su amante desvarío;
por esto, sin más prórroga ni espera,
harto de martillar en hierro frío,
á buscar decidió por otro medio,
más oportuno y eficaz remedio.

Á fuer de gentilhombre, y amén de esto,
siendo del rey Eduardo favorito,
en contra del doncel, orden de arresto
obtuvo del monarca, por escrito;
fácilmente, después, con un pretexto,
hizo al joven caer en el garlito,
logrando que Roberto hiciese buena
la firma que ya en blanco le condena.

Todo el tiempo duró el injusto encierro,
que al padre de su amada fué preciso
para encontrar un yerno testaferro
que, incauto, le sacó del compromiso.
¡Loca complicidad, tremendo yerro
que el cielo en castigar no fué remiso,
desatando, con cólera iracunda,
el yugo de esta bárbara coyunda!

Quedaron, con tan pérfida asechanza,
los dos tiernos amantes separados;
perdida mutuamente la confianza
de verse y de tratarse enamorados.
Pero el divino Amor á tanto alcanza
que, á despecho, aun de fieros hados,
estudiaba sazón y coyuntura
de tomarse el desquite con hartura.

No fué tanta la rabia que la ofensa
de la injusta prisión causó en Roberto,
cuanta fué la amargura y pena intensa
de ver, á mano airada, su amor muerto;
colérico y celoso, entre sí piensa
realizar un plan que, de concierto,
del alevoso agravio le desquite
y el cariño de Ana resucite.

No menos pesarosa y conturbada,
ésta, con su marido, residía,
en un castillo, espléndida morada,
que en Brístol dicho noble poseía;
allí, la pobre joven desposada
su rigurosa suerte maldecía,
y, el verse como esclava así vendida,
á causa de codicia fementida.

Á esta sazón, Roberto, ciertamente,
el paradero supo de su dama;
supo, también, que Ana, ciegamente,
como antes le amó, ahora le ama;
por tanto, el mancebo, cautamente,
la urdimbre fué tejiendo de una trama
cuyos hilos confió, y audaz proyecto,
á un fiel amigo que llamó al efecto.

El cual, á fuer de mozo caballero,
del atrevido plan enamoróse
y, á Brístol emprendiendo derrotero,
en el feudal castillo presentóse;
aquí, tomando el aire de escudero,
como tal á los dueños ofrecióse,
quienes, sin receiar la tercería,
le dieron el destino que pedía.

Admitido en la casa, luego al punto,
el buen amigo, astuto y arrestado,
empezó á ocuparse del asunto
que le había Roberto encomendado;
y, cierto día, en que se hallaba junto
y, sin testigos, de su ama al lado,
le reveló quién era, qué trataba
y el rapto que Roberto meditaba.

Le expone, que fiado en su constancia,
su tierno enamorado á bordo espera
de un bajel que, en franquía para Francia,
surto está en la próxima ribera;
que por esta precisa circunstancia,
partir conviene, en la ocasión primera,
y que decida, al punto, si le place
la idea, ó por ventura, la desplace.

Por labios del amor, responde á esto
con un alegre sí la castellana;
y cuando estuvo todo bien dispuesto,
al clarear una feliz mañana,
salieron paje y dama, so pretexto
de dar un buen paseo por la plana,
en sendos alazanes bien montados,
sin escolta de guardias ni criados.

Porque su misma prisa no les venda,
en tanto que de vista no perdieron
la torre del castillo, á corta rienda,
los fogosos corceles reprimieron;
así, con disimulo, en una senda,
que á la costa llevaba, se metieron,
y á uña de caballo, en poco tiempo,
llegaron al canal sin contratiempo.

Donde, por su tardanza preocupado,
Roberto á los dos les esperaba;
al verlos, de alegría enajenado
en sus brazos á entrambos estrechaba;
ya, un bajel, de muy pocos tripulado,
las rechinantes áncoras levaba,
y recibiendo á bordo los amantes,
extendía los linos palpitantes.

Sin demorar un mínimo momento,
el canal, felizmente, atravesaron;
luego, á favor de bonancible viento,
de Cornwal la península doblaron;
y sin cejar de su primer intento,
el rumbo hacia el Estrecho enderezaron,
con esperanza de abordar la tierra
que está frente por frente de Inglaterra.

Fortuna que, hasta entonces, amorosa,
andaba con Cupido de bracero,
voltaria nuevamente y caprichosa,
contrarió á la dama y caballero,
pues, al filo de noche pavorosa,
desvió de la nave el derrotero,
con súbito huracán, que, adverso en popa,
lo alejó de las costas de la Europa.

Durante trece días continuados,
el furibundo temporal corrieron,
y, medrosos, confusos y extraviados,
por mares nunca vistos anduvieron;
al catorceno, éstos sosegados
á los míseros nautas ofrecieron
al término del diáfano horizonte,
la lejana visión de altivo monte.

Cual mariposas que, de noche, viendo
la luz de alguna lámpara encendida,
las alas mueven con presteza, yendo
á dar contra el cristal una embestida;
así, nuestros viajeros, descubriendo
esta risueña isla aparecida,
á vela y remo, con brioso empeño,
enderezaron, rectamente, el leño.

La fugitiva esposa, á todo esto,
llorosa, triste y sin salud venía,
menos del viaje, incómodo y molesto,
que por cruel torcedor que la roía;
y, aunque su amante, á cualquier pretexto,
la causa del naufragio refería,
su elocuencia y amor no son bastante,
á curar la tristeza de su amante.

No bien ancló la nave, y amarrada
quedó á un grueso tronco de la orilla,
Roberto, procurando por su amada,
envió á tierra la única barquilla,
que, á poco, regresó con la embajada
de ser todo el país una cestilla
de bien olientes, matizadas flores,
jaula abierta de pájaros cantores.

Tras esta relación, sin más espera,
el joven desembarca presuroso;
y con alguna gente marinera
se internó en un soto nemoroso,
donde, al pie de magnífica palmera,
en el claro que hacía un prado herboso,
con bálago, con pencas y espadaña
tejieron una rústica cabaña.

El descanso, el sosiego, la armonía
de los alados músicos cantores;
el Sol que siempre espléndido lucía;
la vista de los árboles y flores;
todo, en suma, á la enferma devolvía
su desmayado ánimo y colores,
y, al par que el bienestar, la dulce calma,
que el cuerpo sana y fortifica el alma.

Su amado, que ya estaba descontento
del ocio y soledad de este paraje,
á luego participala el intento
de probar á correr un nuevo viaje;
en breve, de agua dulce y bastimento
aprestando se fué el matalotaje,
y todo en el bajel estuvo pronto
para surcar, al otro día, el ponto.

Por ser la noche última, en la arena
quedó á dormir el marinero bando;
la suave brisa de azahares llena
que del soto venía, aprovechando;
allá en su choza, de memorias llena,
estaban los amantes platicando,
boca con boca, pecho contra pecho,
bajo el resguardo del pajizo techo.

Tal estaban los dos, cuando al beleño
los párpados cerraba Ana hermosa;
á poco de dormirse, triste ensueño
agitada la pone y congojosa;
despiértala Roberto, y, con empeño,
la causa le pregunta pavorosa,
á lo que, con palabra entrecortada,
responde la infeliz, toda turbada:

«*Sabrás, mi dulce bien, que en este instante*
una cuita de amor me importunaba;
soñaba que contigo, en lazo amante,
á orillas de este mar me paseaba,
cuando vimos en onda fluctuante
una blanca visión que se acercaba
que, al suave resplandor de Luna llena,
mostró ser una acuática sirena.

Sus verdes, claros y rasgados ojos
con manifiesto amor en ti ponía;
en cambio, con relámpagos de enojos
toda vez que hacia mí los dirigía;
al fin, se nos llegó mostrando antojos
de terciarse en nuestra compañía,
y en medio de los dos se interponiendo
á mí se dirigió, esto diciendo:

«Sirena soy, nereida de los mares
»que el fondo habita de ambarina gruta,
»desde donde, con pérfidos cantares,
»desvío al navegante de su ruta;
»esta orilla de mangles y palmares
»señuelo es, con que le llamo, astuta,
»y así como he engañado á tantos otros,
»engañado también os he á vosotros.

»Vosotros, sí, viniendo á los señuelos
»que tengo en esta ínsula encantada,
»caísteis, por decreto de los cielos,
»¡incautos!, en mi pérfida redada:
»vas á morir, y morirás de celos,
»¡oh adúltera mujer infortunada!,
»mas antes de morir quitarte quiero
»tu elegante, garrido caballero.»

Con esto terminó, y forcejando
quería de mi lado separarte;
yo, con fuerza, la suya contrastando,
pugnaba por tenerte y no soltarte;
en esto estaba de mi sueño, cuando
mi pesadilla consiguió alarmarte,
y oyéndome llamar, en aquel punto,
me despertó la rabia y pena junto.»

Roberto, de los celos satisfecho
que, aun en sueños, por él Ana tenía,
ardiendo en nuevo amor, con lazo estrecho
le abrazaba, y así, le respondía:
«*No lo tengáis, señora, por tan hecho,*
ni turbéis con agüeros mi alegría;
pues veis, que es sueño todo y devaneo,
y libre en estos brazos os poseo.

Siento el veros así imaginativa,
por cosa que la pena no merece,
mas la llaga de amor está tan viva,
que, á lo menor, se encona y recrudece.
Dejad pase esta noche fugitiva,
vais á ver cómo al punto que amanece,
burlamos á la pérfida sirena
y olvidáis la congoja que os apena.»

Ella, menos turbada y pesarosa,
estas cortas razones aceptaba,
y reclinando la cabeza hermosa,
nuevamente los párpados cerraba;
la noche transcurría silenciosa;
al cielo ni una ráfaga empañaba;
un punto negro, empero, en lejanía
á ras del horizonte se veía.

Punto negro que crece, va aumentando
y llega á nube cada vez más gruesa,
que, como alud fantástico rodando
encima de los aires viene, apriesa;
el estrellado cielo encapotando
con negra cerrazón, lóbrega, espesa,
oculto en su capuz, el repentino
azote de iracundo torbellino.

Á las primeras rachas advertidos,
despiertan los incautos marineros,
y poniéndose en pie, despavoridos,
al leño de alto bordo van ligeros;
súbito, el huracán sus resoplidos
hace oir más continuos y más fieros;
y un turbión, una espesa catarata,
de los senos del cielo se desata.

La braveza del mar que, en un momento,
se encrespa con horrísono alboroto;
la lluvia torrencial, el recio viento
silbando temeroso adentro el soto;
los truenos, los relámpagos, sin cuento,
del cielo, que trepida en terremoto;
hacen tan triste son, que parecía
que el mundo de esta hecha fenecía.

Del todo ya rendidos á su suerte,
Sin esperanza de remedio alguno,
los marineros al temor más fuerte
se entregaban ocioso é inoportuno;
ya la espantosa imagen de la muerte
veía, de hito en hito, cada uno,
cuando alguien notó que del islote
tiraban del torcido calabrote.

Vieron, entonces, á la luz violeta
del encendido lampo serpentino,
moverse y oscilar torpe la isleta
como monstruo fantástico marino;
la vieron, á los golpes de mareta,
avanzar paso á paso, de camino,
sin rumbo fijo, al capricho sólo
del bravo mar y borrascoso Eolo.

Con el cuidado aquel que el ballenero
la arrollada maroma larga, cuando,
herido por un hábil harponero
el coloso del mar corre sangrando;
que, tanto y tanto corre, tan ligero,
con furia tal la nave remolcando,
que la cuerda á soltar obliga, á tiempo
de evitar un seguro contratiempo,

Así, nuestros cuitados mareantes
del súbito remolque temerosos,
á un tiempo á los opuestos cabrestantes,
en dos bandos, acuden presurosos;
uno leva las áncoras pesantes,
otro larga los rollos ya premiosos,
del estirado cable, y en un punto,
zarpan y el cabo sueltan, todo junto.

Así la nave, pues, desaferrada,
sin freno ni resguardo quedó suelta;
y del furioso viento y mar airada,
por todos lados sin cesar, envuelta;
por dicha, con la luz de la alborada
el peligroso tiempo se dió vuelta,
y sin mayores riesgos, felizmente,
del peligro escapó toda la gente.

Turbó, empero, la súbita alegría
que está del marinero apoderado,
el ignorar la suerte que cabría
á la pobre pareja enamorada;
y aunque la nave, un día y otro día,
en pesquisas anduvo derramada,
nunca más de la ínsula se supo
ni del final que á los amantes cupo.

Esta es la relación aquí traída,
por causa de otra ínsula viajera;
historia que yo ignoro si es fingida,
ó si por el contrario, verdadera;
que así, como os la dejo referida,
anda en labios de gente marinera;
ahora, *si dijerdeis ser comento,*
como me lo contaron os lo cuento.»

CANTO VI

¡AVE, MARIS STELLA!

¡AVE, MARIS STELLA!

Otro día, un sábado del viaje,
cerca, muy cerca, del momento ansiado
iban los nautas á obtener el gaje
que el cielo les tenía reservado;
un lance sucedió, que al marinaje
dejó agradablemente impresionado;
ya que en el mar cualquier cosa divierte
y en tema placentero se convierte.

En la siesta que sigue al medio día,
cuando su aliento de estival bochorno
la brisa de los trópicos envía,
mas caliente que atmósfera de horno;
cuando bulle cual cáliz de ambrosía
el sosegado océano, en contorno;
ó al Sol devuelve su fugaz reflejo
como el azogue de bruñido espejo;

Vióse, rauda, cruzar una bandada
de obscuras y parleras golondrinas,
que por allí pasaban de jornada,
á guisa de incansables peregrinas;
y, por encima de la mar salada,
en demanda las ínsulas vecinas,
venían, en corrillos, revolando,
alrededor los mástiles chillando.

Los marineros de la flota, oyendo
los penetrantes gárrulos chillidos,
la lánguida modorra, sacudiendo,
la vista levantaban sorprendidos;
y á las viajeras, tan de cerca viendo,
á admiración y júbilo movidos,
en pie, despabilados, se ponían
y como niños en tropel corrían.

Las tiernas avecillas, fatigadas
del curso de su viaje volandero,
sobre el barco cerníanse, cuitadas,
para buscar apoyo pasajero;
mas, antes de posarse, alborozadas
reconocían el bajel, primero,
rozando temblorosas con sus remos,
de mástiles y jarcias los extremos.

Al cabo, las más tímidas quedaban
en las vergas ó en tope más saliente;
otras, más atrevidas, se plantaban
en los cabos más ínfimos del puente;
no pocas, inocentes, se posaban
en las desnudas testas de la gente,
con el pico hurgándola en el cuello,
en la frente, el oído y el cabello.

Los toscos marineros recibían
de sus sencillas huéspedas el beso;
apenas si los párpados movían,
por no asustar el delicioso peso;
en tanto que embargados se sentían
por dulce, por suavísimo embeleso,
refrenando las ganas de cogerlas
y, uno á uno, sus besos devolverlas.

Algunos se veían, cuyas caras,
según lo demudadas que aparecen,
daban á comprender, bien á las claras,
las dulces emociones que padecen.
¡Cuántos ojos, de lágrimas avaras,
á pesar de sus dueños, se humedecen;
lágrimas que resbalan gota á gota,
cuando el sollozo comprimido explota!

Al modo que una ráfaga violenta
abriendo la ventana de la casa,
llega al hogar, donde el rescoldo avienta
poniendo fuego á la escondida brasa;
así también, sin darse de ello cuenta,
el conmovido marinero pasa
del resignado, indiferente olvido,
á la nostalgia de algún bien perdido.

¿Quién por su oficio ó por contrario sino
en extranjeros climas emigrado,
mira un volátil bando peregrino
sin sentirse en lágrimas bañado;
y al contemplar su rápido camino,
no ha, lleno de envidia, deseado,
hacer, como estos pájaros, un viaje
desde el destierro á su natal paraje?

Más de prisa, tal vez, que esta bandada,
aún más ligera que los mismos vientos,
entonces, la memoria desbordada
echa á volar tropel de pensamientos,
y el hombre, con el alma se traslada,
siquiera por brevísimos momentos,
del suelo hospitalario en que se exilia,
al otro donde tiene la familia.

Quizá, esta misma inspiración embarga
los compañeros de Colón, ahora;
quizá, la angustia de una ausencia larga
cual afanado buitre los devora,
y más que todo, la agonía amarga
de un viaje cuyo fin no ve la prora,
cansada de explorar día tras día,
la inmensidad de la extensión vacía.

Al eco del ruido y de la broma,
cuitado el Almirante se desvela;
su bernia deja, la escotilla toma,
é inquiere qué pasó en la carabela;
á cuyo tiempo, un avecilla asoma
que por encima dél, gira y revuela,
concluyendo el ave, sin asombro,
en posarse encima de su hombro.

¿Qué, á la sazón, no diera el Almirante
por saber de la grácil pasajera,
si aun estaba la tierra muy distante
ó á qué rumbo quedaba la ribera?
¿Cosa no diera, porque, en este instante,
á su mortal congoja respondiera,
para que al incrédulo equipaje,
la fe tornara del dudoso viaje?

Pero, los mansos pájaros, en esto,
los fatigados remos descansaron,
y abandonando cada cual su puesto,
nuevamente, en bandada, se juntaron,
para seguir, después, con vuelo presto,
el rumbo que ellos mismos se enseñaron,
y, con bien, arribar á las orillas
de alguna de las ínsulas antillas.

Por un momento se les vió, dudosos
hacia qué punto enderezar el vuelo;
cruzando, al sesgo, sin cesar, premiosos,
la rutilante cúpula del cielo;
ora, al Norte tomaban presurosos;
ora, al Sur emprendían de revuelo,
á guisa de palomas que se orientan
cuando de extraño palomar las sueltan.

Por dicha, entonces, en tropel cerrado
con pompa altiva, con gallarda prisa,
en dirección al sudoeste lado
un enjambre de loros se divisa;
diríase mejor, un apiñado
granizo de esmeraldas que se irisa
con juegos mil, de luces y colores,
del Sol á los miríficos fulgores.

Curiosa de espiar á la escuadrilla,
ó por lucir su espléndido atavío,
súbitamente, la gentil cuadrilla
de papagayos, abatió un desvío;
y, á un tercio, quizá menos de una milla,
se aproximó con clamoroso brío,
descubriendo, al batir las verdes alas,
rico tesoro de pintadas galas.

La novedad del caso, la belleza
de su sin par, multicolor plumaje,
y, acaso, más que nada, la rareza
de su loco, estrambótico lenguaje,
no poca maravilla y extrañeza
dispertaron en todo el marinaje
que por primera vez vía los gayos
matices, de enjambrados papagayos.

Quizá, éstos, no menos sorprendidos
de las flotantes máquinas navales,
con penetrantes ásperos chillidos
daban de su estupor claras señales;
luego, como carbones encendidos,
ó garullo de flores tropicales,
torcieron de una vez á sotavento,
aprovechando el bonancible viento.

No bien las golondrinas mareantes
á aquestos guías providentes vieron,
en pos los papagayos emigrantes
con ciega fe y júbilo siguieron;
poco después, entrambos tan distantes
de los curiosos nautas se pusieron,
que la vista más lince, con trabajo,
á las aves siguiera curso abajo.

Todos los marineros, sin embargo,
á ellas convergían sus miradas;
cual si potente arrobador embargo
las retinas tuviera hipnotizadas,
siguieron rastreando un rato largo
el curso de las ágiles bandadas,
que, de vista acabaron por perderse
y en el celeste tul desvanecerse.

No tan prestoso el girasol se inclina
con alegre semblante enamorado,
al padre de la luz que le fascina
en las puertas de Oriente entronizado;
como Colón, solícito, declina
el rumbo hacia el sudoeste lado,
tomando, por horóscopo del cielo,
de aquellas aves el bendito vuelo.

Ni con viveza tanta los bridones
obedecen al freno y las espuelas,
como ahora las tres embarcaciones
abroquelando de antemano velas,
quebraron á favor de los timones
la línea sin fin de sus estelas,
navegando gallardas el sendero
de este nuevo, oblicuo derrotero.

Á este punto, delante los bajeles
el rubio Sol, al hora de costumbre,
teniendo por la rienda á sus corceles;
al paso, con tranquila mansedumbre,
los bañaba en el reino de Cibeles,
cambiando él mismo su gastada lumbre,
para dorar en su triunfal carrera
la redondez de la terráquea esfera.

Imagen fiel de nuestra propia vida,
que, cuando buena ha sido y meritoria,
exhala el alma de esplendor ceñida
á las moradas de divina gloria,
dejando tras de sí, la merecida,
hermosa herencia de feliz memoria,
entre quienes tuvimos por amigos,
ó de nuestras virtudes por testigos;

El almo Sol después del diurno viaje,
en Occidente al parecer reposa;
á todos deja el regalado gaje
de aquella su visita esplendorosa,
y á seguida, remonta á otro paraje
con la diadema de su luz radiosa,
señoreando el ámbito que dora,
ante su marcha la divina aurora.

Poco rato después atardecía;
á otro cuadrante céfiro rolaba
y, á rachas, de la atmósfera barría
el calor que los pechos asfixiaba;
limpio y sutil, el éter se cernía,
y mejor que cristal, transparentaba
en cielo azul, la vespertina estrella,
reverberando, deslumbrante y bella.

Á medida que el aire se obscurece,
y el firmamento diáfano se estrella,
el Héspero más claro resplandece
junto á la Luna, reluciente y bella;
de manera, que á todos les parece
ver la visión de celestial doncella,
la misma cuyos pies la Luna calza
y sobre alados serafines se alza.

Los nautas, dulcemente impresionados
por la anterior visita extraordinaria,
cayeron de rodillas prosternados
ante la hermosa estrella solitaria;
y los ojos á ella levantados,
elevan una férvida plegaria
á la Estrella del Mar, Virgen María,
que en su odisea al navegante guía.

«¡Salve! ¡Salve! ¡Estrella de los mares!
—La dicen en su cántico piadoso.—
Sé guía nuestra, sálvanos de azares
á través de este viaje peligroso;
y, pues, quedan atrás nuestros hogares,
dáles también tu auxilio poderoso,
en tanto que, según te suplicamos,
felices á su seno regresamos.

»¡Dulce Patrona, celestial Maestra
del creyente y devoto mareante!
¡Vida, dulzura y esperanza nuestra,
Norte de salvación, siempre brillante;
á ti clamamos desde aquí; demuestra
que de nosotros eres Madre amante,
accediendo, benigna, á los favores,
que pídente estos pobres pecadores!»

Mudo, silente, el ponto cristalino
las concertadas voces escuchaba
de la piadosa Salve, que el marino
la tarde de este sábado cantaba;
atentas, en su fondo coralino
á las graciosas náyades mostraba,
pugnando por subirse en una ola,
á escuchar la sagrada barcarola.

Pero, no bien sacando afuera el pecho,
enseñaron su lúbrica belleza,
movidas de vergüenza y de despecho
se volvieron á hundir con ligereza;
como estatuas de nieve, que ha deshecho
el sol de castidad, la alma pureza
de la Virgen María inmaculada,
por nuestros argonautas alabada.

En cada carabela, mientras tanto,
con grave, con dulcísima armonía,
el sabatino acompasado canto
el coro marinero proseguía;
y, desde la cubierta al cielo santo,
la plegaria pietísima subía,
con las prisas de mística paloma
que en recto vuelo hacia el empíreo toma.

Vistas así las naves, de una en una,
del perlado crepúsculo al reflejo,
parecían quebrar de una laguna
el opalino, adormecido espejo,
cuando, en las noches de brillante Luna,
navegando las barcas, de cortejo,
salen en procesión los pescadores
rociando el agua, de menudas flores.

Los ecos de aquel cántico, apagados,
todo volvió á la quietud de antes,
si bien, al parecer, atormentados
de un triste no sé qué los navegantes;
pues nada nos recuerda enamorados
la patria y prendas del amor distantes,
mejor que la oración cuando decimos
la misma que de niños aprendimos.

Por esto, hicieron hincapié ahora,
en la maniobra que Colón dispuso;
aquel desvío súbito de prora
lo atribuyen á plan torpe y confuso;
de suerte que esta vez, murmuradora
en contra de él la chusma se indispuso;
de la conjuración ésta el suceso
oiréis en el siguiente canto expreso.

CANTO VII

MAR TENEBROSO

MAR TENEBROSO

Cansado de guiar el carro ardiente,
tras otro alegre, luminoso día,
en las olas del mar, el sol poniente
su acostumbrada yácija mullía,
á tiempo que la Luna sonriente
por el opuesto lado aparecía,
para, cual ninfa de sagrada fiesta,
velar el ara donde un dios se acuesta.

Febo, que enamorado retardaba
precipitarse en el rojizo ocaso,
la gigante pupila dilataba
saboreando de Latona el paso;
pero, al cabo, el párpado mostraba
del ojo suyo soñoliento y laso;
al cansancio rindiéndose, de pronto,
como abatido cíclope en el ponto.

El lecho de cristal donde se inclina,
en ígneo rosicler arde y se inflama,
que, el mar y á las alturas ilumina
como incendio voraz que se derrama;
semejando occidente una cortina
lamida por las lenguas de una llama,
que arreboles innúmeros ostenta
cuando el etesio jugetón la avienta.

En pos, la noche silenciosa vino
en su manto de estrellas cobijada,
que apagando el incendio vespertino
del anchuroso mar quedó adueñada;
mientras la blanca Diana su camino
seguía como siempre sosegada,
y, errante, con sus ninfas y jauría,
por los celestes campos se perdía.

Á estas horas de suave dulcedumbre
en que el éter del cielo se serena;
en estas noches, que su incierta lumbre
la Luna envía reluciente y plena;
el ponto con extraña pesadumbre
gime, solloza, se lamenta y pena,
por algo extraño que su paz conturba
y los salobres cóncavos perturba.

Diríase, que en sueños se debate
contra angustiosa, negra pesadilla;
pero, rendido al cabo en el combate,
á una influencia superior se humilla;
en tanto, el pecho, fatigado late
en su vasta extensión, de orilla á orilla,
con silente, con gruesa marejada,
por el fuerte resuello atropellada.

Alrededor, entonces, del marino
se transfigura todo y se agiganta;
oculta en un escollo coralino
la nocturna sirena suave canta;
ó al resplandor del astro mortecino,
lasciva del abismo se levanta,
para asfixiar con pérfidos abrazos
al inocente que cayó en sus brazos.

Á estas horas, del triste navegante
la plácida nostalgia se apodera;
piensa en la patria, en la mujer amante,
que cuidando sus vástagos le espera;
y, entre todos, se acuerda del infante
que la lengua soltó por vez primera,
cuando á besarle fué, diciendo ¡padre!,
soltándose del halda de la madre.

Las sombras de las raudas carabelas
en una noche así se deslizaban,
con viento por la aleta, que las velas
de las pesadas quillas empujaban,
dejando tras de sí, luengas estelas;
serpientes que sus troncos estiraban
al vaivén de la férvida marea
que, ora, levanta la atracción febea,

De pie, alta la frente y descubierta,
que un rayo de luz pálida titila,
el talle de Colón sobre cubierta
de la *Santa María* se perfila;
el Almirante, con el ojo alerta,
el horizonte lóbrego vigila,
y, ahora, como siempre, se desvela
á bordo de su pobre carabela.

El barco mientras, con andar ligero,
sigue la ondulación de la marea;
ora, se hamaca suave y placentero,
ora, hundiendo la proa, cabecea;
y el pico del más alto mastelero
de la Luna en redor gira y voltea,
de manera que el disco iluminado
se muestra como tope allí clavado.

Alteran esta marcha silenciosa:
el reflujo del líquido elemento;
el golpe de la vela escandalosa
hinchándose con ímpetu violento;
y la cadencia sorda, misteriosa,
de las jarcias y drizas, cuando el viento
amaina ó sopla á rachas, á intervalos,
haciéndolas choçar contra los palos.

Á proa, dentro de la sombra obscura
que las velas proyectan hacia un lado;
en sitio del combés, donde una amura
se extiende hasta el trinquete levantado;
y, al parecer, gozando la frescura
que el viento trae de humedad cargado,
algunos marineros se percatan
que, en baja voz, de alguna cosa tratan.

—«*Helo, helo allí febricitante*
por su alcázar de mando, de paseo
—exclama, señalando al Almirante,
del sospechoso grupo un corifeo.—
Hélo allí, desvelado y vigilante,
á solas con su impávido deseo;
de babor á estribor, yente y viniente,
como pobre sonámbulo, inconsciente.

¿Hasta cuándo querrá nuestra paciencia
la terquedad servir de este extranjero,
cuya dura, obstinada impertinencia
nos arrastra por loco derrotero?
Su fe es manía, falsedad la ciencia
con que embauca al sencillo marinero;
yo os digo que si más le contentamos,
á la segura pérdida nos vamos.»

—«*¡Muy bien dijiste!*—recalcó un segundo.—
El genovés es un iluso ó loco
que, con su empeño de invenir un mundo,
á la muerte nos lleva poco á poco;
en estos dichos que mi aserto fundo,
el tiempo va á decir si me equivoco;
aunque sería estéril el remedio
si ocurre perecer en el comedio.

¿Hasta la saciedad vosotros mismos
no estáis, acaso, de Colón cansados,
ni de tantas promesas y embolismos
con que á todos nos tiene ilusionados?
¿Ó esperamos nos traguen los abismos
para vernos, al fin, desengañados?
¡Sobrado aquestos mares sobrellevan
las cáscaras de nueces que nos llevan!

Sobrado tiempo de pasivo lastre
al porfiado ligur hemos servido,
dejándole, á su antojo, nos arrastre
por este reino del medroso olvido;
y pues su error y el próximo desastre
hemos todos nosotros advertido,
exijamos de él, cuando la aurora,
que á España vuelva la tajante prora.»

—«*Inútil es probar esta embajada*
—con sorda voz le interrumpió un tercero.—
¿No veis que es, por demás, empecinada
la locura ó la fe de este extranjero?
Mejor sería obrar á la callada
cuando se rinda al sueño pasajero;
si al despertar se irrita y nos provoca,
ya sabremos ponerle punto en boca.»

Aquí la voz, avinagrada y ruda,
del hombre se calló que esto decía,
para observar en los demás, sin duda,
la impresión que su charla producía;
Quedóse un rato pensativa y muda
la asamblea, en tanto, se sentía
con el vaho del húmedo relente,
un malestar somnífero, incipiente.

La Luna en su apogeo, se circuye
de una aureola de parduzca niebla;
su tibia luz el astro disminuye;
el ponto, á su remedo se entiniebla;
y la pesada bruma que ora afluye
de visiones fantásticas lo puebla,
bien aquélla se agita con la brisa,
bien el opaco resplandor la irisa.

La nave, como sombra vagorosa
que en las calladas noches aparece,
en medio de esta atmósfera brumosa,
de babor á estribor, blanda se mece;
mientras la mar, oscura y misteriosa,
debajo de las quillas fosforece,
y chorrean las lisas batayolas
líquida plata de las ígneas olas.

Á flor de agua las medusas flotan
que á modo de cabeza se presentan,
cuando cortadas á cercén, rebotan,
los hombros al dejar que las sustentan;
sierpes son sus madejas que se azotan
y en plena obscuridad se transparentan,
mirando de hito en hito fascinantes,
de noche á los ignaros navegantes.

La cosa más sencilla ora distrae
el silencio de aquellos conjurados;
cualquier ruido su atención atrae
dejándoles absortos y alelados;
si gime el viento, si una driza cae,
se vuelven con pavor á todos lados,
y un tropel de fantasmas se les hace
la niebla que en girones se deshace.

—«*Mirad el mar*—exclama, prosiguiendo
su discurso el último que hablaba,
por sus propias ideas traduciendo
el espanto que á todos embargaba.—
Mirad el mar cómo se está cubriendo
de duendes que hasta aquí nos ocultaba,
para burlar, con pérfida asechanza,
nuestra atrevida, sin igual confianza.

¡Atended, compañeros! Por la escena
que abruma al mar, ¿no veis cómo desfilan
procesiones de ánimas en pena,
cuyos vagos espectros horripilan?
¿No oís el rechinar de su cadena?
¿No veis que vagorosos se perfilan,
en medio de la niebla, los escuetos
contornos de sus flacos esqueletos?

Estas sombras de pálidos difuntos
lentamente se crecen y agigantan;
ya en anchurosa rueda, todos juntos,
hacia aquí con pereza se adelantan.
Ya llegan al oído los barruntos
del fúnebre responso que nos cantan;
el mar será la fosa adonde vamos;
nuestro ataúd la nave que montamos.

He aquí el castigo merecido
de nuestra presunción y atrevimiento;
he aquí cómo al fin hemos venido
á torpe y miserable acabamiento.
¡Para eso nos ha favorecido
con soplo traidor, propicio el viento;
para engolfarnos de esta triste suerte
en el oscuro reino de la muerte!

No en vano, aquestos mares las señales
durante todo el viaje nos mostraron,
al través de sus nítidos cristales
de una tierra que hambrientos se tragaron;
aquellos son los manes sepulcrales
de seres cuyas vidas naufragaron,
siendo éste el lugar expurgatorio
donde cumplen su triste purgatorio.

¿No se os recuerdan ora, camaradas,
los espejismos de este viaje aciago,
cuando, en hermosas tardes despejadas,
con el ponto más diáfano que lago,
vimos risueñas islas evocadas
quizá al conjuro de sabido mago,
en la serena atmósfera cernerse
y con el bajo sol desvanecerse?

¿Qué nos dice el tapiz espeso y blando
de ovas y algas que este mar alfombra,
trecho á trecho, sus cóncavos dejando
en misteriosa, sempiterna sombra?
No bien el tajamar lo va rasgando
y á entrambos lados la verdura escombra,
vuelve á taparse sin dejar estela
del paso de esta nuestra carabela.

Así, tan sin pensarlo, negro sino
tentando nuestro ímpetu inexperto,
soltar nos hizo el palpitante lino
sobre la faz de un continente muerto.
¡Quién desandar pudiera este camino,
besar la arena del nativo puerto
y lanzarse á buscar entre la gente
á la mujer y al hijo y al pariente!

Pero, ¡ay compañeros! Yo me temo
que de esta triste noche no pasamos;
que en este sitio, lúgubre y extremo,
sin remisión por siempre nos quedamos.
Demos, sí, demos el adiós supremo
á las prendas del alma que dejamos,
en luctuoso y malhadado día,
allá en un rincón de Andalucía.

Aun, en caso mejor, doy por sentado
saliéramos con bien de esta sorpresa;
mas pensar el retorno es excusado
de aquesta insana, temeraria empresa.
Ni el profanado piélago, de un lado,
querrá soltar la acariciada presa,
ni estos vientos, continuos hacia Oeste,
poner nos dejarán la proa al Leste.

Así andaremos, como cosa inerte,
entre la duda siempre y la esperanza,
en brazos de la vida ó de la muerte,
según se incline el fiel de la balanza;
y acabaráse todo, de la suerte,
que un nadador de atlética pujanza
con la fuerte resaca se debate
y en la rompiente, exánime se abate.

De nosotros, empero, no se diga
que lánguidos, en brazos del acaso,
no hicimos por luchar con la enemiga
suerte, ni por hacer frente al fracaso.
El natural instinto nos obliga
á conjurar este difícil paso;
yo os he de aconsejar, por lo primero,
deshacernos del cómitre extranjero.

No vale dilatar más nuestros planes
poniéndoles reparos de por medio,
que otra cosa no son sino haraganes
pretextos que entorpecen el remedio;
pasan los días, crecen los afanes,
y nosotros, durante su intermedio,
vamos al sacrificio como ovejas,
balando sólo lastimeras quejas.

Ya encima de las aguas se recuesta
la Osa Mayor con su pequeña cría,
anuncio precursor de que se apresta
la cuádriga del sol del nuevo día;
á estas horas Colón, laso se acuesta,
y á otro piloto la derrota fía.
¡Sús, compañeros!, ¡sús!, vamos á popa;
viremos el timón con rumbo á Europa.»

— « *Hombre de poca fe, ¿qué estás diciendo*
con lengua vil, con intención aceda?
— responde el Almirante, apareciendo
súbitamente al medio de la rueda,
que aquesta viva imprecación oyendo,
asombrada y atónita se queda,
como de noche, en hueco de una encina,
los buhos si un farol los ilumina.—

¡Cobardes! Mas ¿qué digo? Castellanos,
vasallos de una reina generosa
que puso con confianza en vuestras manos
la prueba ésta de invención gloriosa:
¿Vais á ser tan ruines y villanos
que defraudéis su invitación graciosa,
sin probar, á lo menos, lo factible
para darla por vista y no posible?

¿Son éstos los audaces navegantes
que en el puerto de Palos se enrolaron,
y, entre vivas y salvas incesantes,
en sendas carabelas se embarcaron?
Sus ánimos, sus bríos arrogantes
en infantiles sustos se tornaron,
y caen, poseídos de desmayo,
en el comedio del glorioso ensayo.

¿Por qué sembrar la duda y la cizaña
en triste conciliábulo agorero?
¿Por qué pensar en regresar á España
cuando tocáis el límite postrero?
¿Qué venda cubre, qué accidente engaña
vuestros ojos é instinto marinero?
¿Cómo no veis que la boyante quilla
se va acercando á la bendita orilla?

El mar alrededor nuestro, con creces,
de día en día así nos lo denota:
ora es la copia de pequeños peces,
ora es un tronco de rosal que flota;
ya una banda de pájaros que, á veces,
en torno de la escuadra se alborota,
trayéndola en los picos el mensaje
del anhelado término del viaje.

¿Diréis también ser mágico espejismo
todo esto que vimos tan patente,
ó flotantes despojos del abismo
do yace un ahogado continente?
¿Diréis ser todo ello un embolismo
con que engañaros quiero nuevamente,
palabrería, en fin, ó pasatiempo
para ganar vuestra afición y tiempo?

¡Sed piadosos, benévolos conmigo,
que á los confines de este mar os traje;
más que almirante, quiero ser amigo
predilecto de todo el equipaje!
¿Cabe nauta que no lleve consigo
la inspiración del emprendido viaje,
ni piense va delante de su prora
la fortuna feliz y seductora?

Que sea un genovés, un extranjero
quien el camino de la gloria os muestra,
nada os importe si el triunfo por entero,
será exclusivo de la España vuestra;
que me sigáis, es cuanto pido y quiero,
adonde os lleve mi inspirada diestra;
fiadme vuestra fe; yo os aseguro
el galardón del éxito seguro.

Tres días más os pido, tres tan sólo,
para lograr la próxima ribera,
¡en cuyo breve plazo, fresco Eolo
inflar, benigno, nuestras lonas quiera!
Si al cabo de estos días no enarbolo
en la arenosa playa mi bandera,
os prometo llevaros de tornada
al puerto de la patria suspirada.»

Dijo Colón. Sus pálidos fulgores
regalaba la luz de la mañana
difundiendo, á brochazos, sus colores
por el cielo y la líquida sabana;
á bordo, los clarines y atambores
baten acordes la señal de diana;
despierta la demás marinería
y empieza la labor del nuevo día.

CANTO VIII

BUENAS ESPERANZAS

BUENAS ESPERANZAS

Dos veces más en el rosado Oriente
amaneció la cándida cuadriga,
al paso y á las riendas obedientes
del almo dios que sin cesar la hostiga.
Subió el cenit, se desvió á Occidente,
en los mares hundióse, y sin fatiga,
prosiguió su lucífera carrera
alrededor de la terráquea esfera.

Tras esta vuelta, nuevamente fieles
al blondo automedonte que los guía,
madrugaron los rápidos corceles
rodando el carro de la luz del día;
que al anchuroso imperio de Cibeles
chispas de fuego celestial envía
del áurea polvareda que levanta
cuando camino arriba se adelanta.

En este tercio día no acabado,
que consigo traía el vencimiento
del plazo por Colón estipulado
en el canto anterior y parlamento;
á todo el equipaje reanimado
veíase, parlero de contento,
en vista los natátiles despojos
que el agua presentaba ante sus ojos.

La *Pinta*, que por ser la más velera
de las tres carabelas de la flota,
marchaba á la vanguardia la primera,
ufana despejando la derrota;
avisa al Almirante placentera
que hacia babor, sobre las ondas, flota
un palo en forma de bastón tallado,
con artificio sumo trabajado.

También la *Niña* que con rauda prisa
á la *Pinta* seguía en el camino,
con sus señales naúticas avisa
haber hallado el ramo de un espino
que, á tan poca distancia, se divisa
cual arrancado gajo coralino,
cargado como va con el tributo
de su purpúreo, sazonado fruto.

Á poco más andar, desde serviolas
del barco mismo que Colón montaba,
anuncia un marinero que en las olas
gentil arbusto de rosal flotaba;
frescos aún el tallo y las corolas
de sus pequeñas flores enseñaba,
con el mismo color y lozanía
que en la floresta próxima tendría.

Al mismo tiempo, con las bandas roza
el verdeante tallo de una caña,
entre una balsa de tupida broza
de juncos y bejucos y espadaña;
de atunes, luego, un bando allí retoza,
que en su viaje á los nautas acompaña;
señales todas que, sobradamente,
la costa indican que se oculta enfrente.

Robustecen después el mismo indicio,
porción alegre de pintadas aves
que, en circular, volátil ejercicio,
en torno giran de las blancas naves;
á las que dan, en medio del bullicio
y acordes de sus cánticos süaves,
el saludo cordial de bienvenida
á la cercana tierra prometida.

Ya no eran las rápidas cuadrillas
de aquellas otras aves emigrantes
que en alta mar, alrededor las quillas,
vieron los marineros días antes;
sino hermosas, canoras avecillas,
de los risueños campos habitantes;
ó gaviotas, pelícanos y ocas,
que anidan siempre en costaneras rocas.

Con tan solemne prueba repetida,
que el término del viaje así señala,
la chusma, con viveza desmedida,
á bordo alegremente se desala;
apenas si el flechaste da cabida
á tanto y tanto hombre que lo escala;
trepa á la verga, al mastelero aferra,
é indaga al frente la anhelada tierra.

Unos van á la cofa, do se encajan
para mejor hacer la descubierta;
otros en los juanetes se barajan,
poniendo al Occidente vista alerta;
otros llegan al tope; otros bajan,
y en el bauprés se sientan de cubierta,
cansados de tenerse en las alturas
entre equilibrios tales y apreturas.

Y si bien á escasísima distancia
del punto en que la escuadra ora navega,
en ínsulas de ubérrima abundancia
el antillano grupo se despliega,
tan cerca, que hasta el nauta la fragancia
en alas de la brisa terral llega
de nopales y cedros y palmeras,
orgullo de las próximas riberas;

Todavía no vese en lontananza
del anchuroso piélago desierto,
la línea del color de la esperanza
que anuncia el cabo do se esconde el puerto;
tan sólo el ojo á divisar alcanza
el horizonte dilatado, abierto,
que el cielo al mar juntándose describe,
y un anchuroso radio circunscribe.

Un manto azul, de copos recamado,
la líquida llanura parecía;
undívago, pomposo y ahuecado
á merced de la brisa que lo henchía;
con este pleamar, que el despejado
circuito de las aguas reducía,
Océano á sus Argos estorbaba
la costa ver abajo que bañaba.

Pues, sabedor Océano que era
aquél el día póstero del viaje,
á menos que á la escuadra entretuviera
la evidencia del próximo abordaje;
probó, con este ardid, que concluyera
el plazo, é incontinente, el marinaje
á Colón exigiérale, en seguida,
la vuelta formalmente prometida.

En poco estuvo viera satisfecho
su avaricioso intento el dios marino,
pues viendo el ningún fruto ni provecho
de otear largas horas, el camino,
estaba el marinero, al poco trecho,
silencioso, apático y mohíno,
tomando por reliquias de un naufragio
lo diputado por feliz presagio.

Tal acontece cuando á hermosa infanta
un ogro la arrebata de sus lares,
y en sus velludos brazos la trasplanta
á espelunca velada entre palmares;
un caballero, entonces, se adelanta
ostentando arreos militares,
para explorar, gallardo, el sitio donde
á la princesa su raptor esconde.

El monstruo lo que ve al rival que viene
de punta en blanco, armado á su terreno,
en maliciosa calma se mantiene
conteniendo la cólera en el seno;
y como aquel que nada propio tiene,
y menos todavía un bien ajeno,
guarda su presa en ignorada gruta,
libre dejando al paladín la ruta.

Llamado á engaño, duda el caballero
si seguir adelante ó retirarse,
creyendo que no es éste el derrotero,
ó que pudo de ogro equivocarse;
Mas, súbito, una voz oye primero,
luego un blanco pañuelo ve agitarse;
es que le vió, por suerte, la princesa,
y con esto anímale á la empresa.

Así, porque del yugo la redima,
en que la tiene Atlántico Oceáno,
América, al saber que se aproxima
á sus orillas el Jasón cristiano,
las señales más ciertas no escatima
al marinero equipo castellano,
para que un paso dé más adelante
y el secular destierro la levante.

Á todo esto, el Sol ya declinaba,
y por grados su luz palidecía;
cuanto más al ocaso se acercaba,
más nerviosa á la chusma se veía;
pero Colón, que para sí pensaba
que la costa muy próxima estaría,
echar mandó, con riesgo de la empresa,
en el instante aquél, la sondalesa.

Desprevenido el piélago al tanteo
con que el audaz marino le provoca,
dejó llegar, mal grado su deseo,
la plomada hasta el cóncavo de roca;
apenas se hizo público el sondeo,
vino la gente de contento loca;
¡Tan cierto es, que al hombre por los ojos,
le asaltan el desmayo y los antojos!

¿Adivináis el íntimo alborozo
del árabe sediento, que en el Sahara
ve, al brocal asomándose de un pozo,
que abajo le sonríe el agua clara?
¡Pequeño es y baladí este gozo,
si al del héroe nuestro se compara,
cuando, á unas brazas que la sonda entra,
el pétreo fondo de la mar encuentra!

Á este punto, sopló céfiro süave
que puso al mar pacífico y rizado,
arrullando las olas, como sabe
la verde hierba acariciar en prado;
pudiendo, sin peligro, cada nave
ponerse, una de la otra, al lado,
talmente, que sus sombras confundieron,
y al habla los pilotos se pusieron.

Aprovechó Colón este momento,
minutos antes de expirar el día,
para infundir en todos el aliento
que en su gigante corazón sentía;
y erguido, en pie, dando la espalda al viento
que á popa de las cárabas venía,
esforzando la voz por que se oyera,
á la escuadra arengó de esta manera:

—«¡Castellanos!: dos meses van cumplidos,
que de la rada de Moguer zarpando,
estamos en tres barcos repartidos,
un misterioso ponto navegando;
en todo aqueste tiempo, repetidos
anuncios nos han ido presagiando
que, de seguir la vía de Occidente,
ignota tierra nos saldría al frente.

Todos nosotros vimos, á deshora,
por repetida vez, estas señales;
desde el ave del bosque habitadora
hasta el verde color de estos cristales;
pero os digo, en verdad, que las de ahora
tan verídicas son y principales,
que, ó mi larga experiencia mucho yerra,
ó ellas pregonan la cercana tierra.

Ved si no esta brisa provechosa
que nos empuja á la encantada orilla,
á intervalos, con ráfaga aromosa,
como en Abril las auras de Sevilla;
ved la prueba cumplida y venturosa
con que el profundo piélago se humilla,
revelando el cantil donde se explaya,
en ascensión gradual, hasta la playa.

¡Ah!, si este sol que flota en el abismo
mi fervorosa súplica entendiera,
y otro Josué, pudiera por mí mismo
un instante pararle en su carrera;
veríais cómo hoy de su mutismo
el arrogante Atlántico saliera,
cansado finalmente de ocultarnos
lo que á la larga deberá mostrarnos.

Mas ya que es imposible mi deseo,
yo os exhorto á esperar la alba temprana,
ya que la cosa vale, según creo,
la pena de esperar hasta mañana;
evitad, mientras tanto, de Morfeo
la caricia somnífera, liviana,
pues bien pudiera ser que antes la aurora
tierra anuncie el serviola desde prora.

Á este fin, por si en todos el anhelo
de invención tan gloriosa no bastase,
imaginé poneros en desvelo
con algo que mejor os extremase;
un justillo de fino terciopelo,
muy costoso, el único en su clase,
precio será de aquel que, ciertamente,
la tierra anunciará primeramente.

Mas como el resplandor del rojo ocaso
en celajes estériles se escapa,
y pudiera traernos un fracaso
la costa que el crepúsculo nos tapa,
será prudente aminorar el paso
poniendo los bajeles á la capa,
hasta que, con la luz del nuevo día,
les volvamos su antigua gallardía.

Deciros no sabré cúyo es el punto
en que ahora toquemos de arribada,
aunque pudiera ser, como barrunto,
la isla de Cipango renombrada;
encantado paraje que dió asunto
á la historia de Polo tan mentada,
sitio donde el Kan tártaro domina
y el continente índico termina.

Tierra de promisión es, que produce
las más preciadas perlas orientales,
cuyo seno mirífico reluce
con el brillo de espléndidos metales,
y en la que, en compendio, se reduce
la suma de los bienes terrenales,
por cuya adquisición, no es maravilla
se empeñara la Reina de Castilla.

Mas no os importe la ambición del oro,
que, como digo, en esta zona abunda;
ni el opulento próvido tesoro
de su natura fértil y fecunda;
que, más que la riqueza, es el decoro
de rematar empresa sin segunda,
como haber sus secretos arrancado
al Océano Atlántico sagrado.

Esto os digo, si bien ya considero
no la codicia fué lo que aquí os trajo;
antes bien, el renombre duradero
que aportará consigo este trabajo;
por mi parte declaro, que prefiero
al tesoro de Creso, el agasajo
de haberos comandado de piloto
en viaje tan difícil por remoto.

Ya en la bondad del cielo sólo estriba,
pues nos ha conducido á este paraje,
que nuestra fe su galardón reciba
con el acabamiento de este viaje;
mas no presuma la soberbia altiva
tener asido ya y en mano el gaje,
que de confiados es, en un minuto,
perder en flor el codiciado fruto.

Velemos, pues, mejor que de costumbre,
pues á ello la noche nos obliga,
hasta que el horizonte nos alumbre
la hermosa aurora con su luz amiga;
mañana ha de acabar la incertidumbre
que á todos por igual nos atosiga;
unamos para esto, mientras tanto,
nuestras preces al cielo sacrosanto.»

Esto dicho, Colón arrodillóse,
con las manos en alto, suplicantes;
á cuyo ademán pío salmodióse
la salve por los otros tripulantes;
á sazón, una ráfaga movióse
que, agitando las olas murmurantes,
hizo á cada piloto, por cautela,
del paral desviar su carabela.

CANTO IX

LA VISIÓN DE COLÓN

LA VISIÓN DE COLÓN

Era una noche como son aquellas
noches que al cielo tropical señalan;
no tanto deseadas por lo bellas
como por el encanto que regalan;
las horas persiguiendo á las estrellas
tan fugaces, tan rápidas resbalan,
que, al parecer, el alma se redime
de la corpórea cárcel que la oprime.

La blanca Luna, en su primer cuadrante,
renovaba su brillo y la carrera,
cortando, con segmento de diamante,
el limpio tul de la estrellada esfera;
y como parvo esquife coruscante
que, anochecido, al puerto se volviera,
apenas se hizo obscuro, paso á paso,
tapóse en la penumbra del ocaso.

Tendió con esto su capuz la noche
en toda la extensión de cielo y mares;
cada abismo luciendo su derroche
de sendos, enjambrados luminares,
que un etesio benigno sin reproche,
reinante en estos climas y lugares,
parecía atenuar, para, enseguida,
volverlos á encender con nueva vida.

Conforme el Almirante lo dispuso
las velas se cargaron á las naves;
como en la ciencia náutica es de uso
las quillas refrenar, á sesgos suaves,
cuando, bogando en piélago confuso,
peligro hay de sobresaltos graves
en sirtes, arrecifes y bajíos
con que Circe encanta á los navíos.

Tan suave y blandamente navegaban
los leños, ya en vaivén ó cabeceo,
que apenas si á su paso quebrantaban
los cristales de móvil centelleo;
y más que lo que eran, simulaban
tres ánades que juntos, de paseo,
confiados se solazan, al halago
de una excursión nocturna por el lago.

No ya por la noctívaga harmonía,
sino por otro afán que le desvela,
alerta al marinero se veía
en el puente de cada carabela;
un confuso rumor y vocería
levántase de tanto centinela,
que el tenebroso ámbito observando
se pasa la velada conversando.

Los troncos y verduras que las ondas
llevaban mar adentro de rechazo;
los pájaros venidos de las frondas;
la fe con que Colón anunció el plazo;
el mudo testimonio de las sondas
al explorar el cóncavo regazo;
tales eran los temas preferidos
de todos, y cien veces repetidos.

En tanto que entre sí los marineros
se están con invenciones recreando,
á otro lado unos pocos caballeros
se ven con los pilotos conversando
como buenos amigos, placenteros,
con discretas razones altercando
sobre si es más honroso y estimado
el oficio del nauta ó del soldado.

Segovia, *Tapia*, *Álamo* y *Arana*
—oficiales del rey—, éstos aparte,
sustentan con ardor ser cosa vana
la preferencia disputar á Marte.
Niño, *Cosa* y *Roldán*, con frase llana,
como suelen los hombres de su arte,
arguyen que no ven motivo alguno
para quitar el cetro al gran Neptuno.

—« *Nadie de mi opinión me desaferra*,
dice Arana, alguacil real de la Armada—.
No hay oficio más alto que la guerra
ni instrumento más noble que la espada;
las armas ponen próspera una tierra;
por la guerra, la paz es conservada;
aquéllas la república sostienen
y las leyes políticas mantienen.

La espada es al social ayuntamiento
lo que á la hiedra el olmo vigoroso,
á cuyo arrimo toma crecimiento,
libre del viento frío ó impetuoso;
por donde tal alianza y ligamento
resulta para ambos provechoso:
el tronco se engalana con la hiedra,
la enredadera con el árbol medra.

No quiero yo decir que no es loable
el trabajo del sabio y del letrado,
ni menos provechoso y estimable
cualquier oficio mientras sea honrado;
sino que es bien la paz, nunca durable,
y en las guerras de Estado contra Estado
en peso la república cayera
si el brazo militar no lo impidiera.

Debe Grecia su fama á haber tenido
los Milciades, Pausanias y Cimones;
Roma, acaso, no hubiera subsistido
sin los Fabios, Marcelos y Escipiones;
por estos héroes que en la tierra han sido
no murieron en flor esas naciones,
y maduraron tanto artista y sabio
los siglos de Pericles y de Octavio.

En sus eternas páginas la Historia
también otros ejemplos nos ofrece;
mas no quiero cansar vuestra memoria,
que lo dicho bastante me parece.
Pasaré á otra prueba meritoria
que el pleito de las armas favorece;
tanto que, en mi opinión, ella bastara
á darme la razón si me faltara.

Es cosa natural, según se entiende,
que ninguno se emplea en un oficio
si es que de antemano no comprende
no le va á reportar un beneficio;
por este justo afán, cada hombre tiende
á éste ú otro arte ó ejercicio,
y gracias si á aquel lucro se limita
y el dolo, ó bien el fraude, no ejercita.

Mas de ambición desnuda y avaricia
que el común de los gremios inficiona,
la noble profesión de la Milicia
á mejores logranzas se aficiona;
el orden solamente, la justicia,
el abnegado mílite sanciona,
y en ocasión metido, es su divisa
por la patria morir si se precisa.»

Calló Arana, y á un tiempo prestamente
los tres pilotos responderle fueron,
pero atendidos á lo más prudente
los tres de su ímpetu cedieron.
Roldán y Niño, al cabo, gentilmente,
á Cosa la palabra defirieron,
el cual, con dicción cálida y sincera,
á Arana replicó de esta manera:

—«*Á proa de su barco ve el marino*
de lueñes tierras los preciados dones;
sin esta aspiración en su camino
las naves pareciérenle prisiones.
¡Qué duro, además, fuera su destino
yente y viniente en todas direcciones,
fuera de tierra, ausente de sus lares,
sobre la faz de los inmensos mares!

¿Cómo, si no, atreverse cara á cara
á combatir la infinidad de males
que el misterioso Océano depara
ocultos en sus pérfidos cristales?
¿Ni cómo si la suerte lo prepara
afrontar los horrendos temporales
y la inconstancia de los tiempos varios,
benignos una vez, otra contrarios?

Por eso el nauta en pos de aquel señuelo
en las aladas cárceles se encierra;
éstas emprenden su rastrero vuelo,
el otro de su patria se destierra;
y consultando el estrellado cielo
llega en su día á la soñada tierra,
haciéndose de frutos más preciados
cuanto más escondidos y apartados.

Cual enjambre de abejas emigrantes
que liba dondequiera ricas mieles,
así van los osados navegantes
y vienen por el reino de Cibeles;
así entre los antípodas distantes
peregrinan á bordo sus bajeles,
un mundo aproximando al otro mundo
con la labor de tráfico fecundo.

Ellos cruzan con marcha volandera
de unas á otras zonas desiguales,
desde la ecuatorial á la postrera
que alumbran las auroras boreales;
y cansan al Sol mismo en su carrera
en torno de los signos zodiacales,
pues circunnavegando, en ocasiones,
trastruecan á merced las estaciones.

En vano la nostalgia con sus penas
y los cuatro elementos destructores
conspiran á que aburran sus colmenas
los sendos laboriosos moradores;
que al punto de salida vuelto apenas,
alijada la miel de sus sudores,
con nuevas ansias el audaz marino
iza cantando el descansado lino.

Como en lucha titánica vencido
Anteo por Alcides derribado,
que de la madre tierra recogido
cobraba fuerzas y ánimo doblado,
así el marinero embravecido,
apenas la natal playa ha pisado,
quiere correr de nuevo los azares
viaje á través de los solemnes mares.

¿Qué misterioso afán, cuál aliciente
éstos encerrarán, que tal atraen
al humano, y así continuamente
á ellos su memoria retrotraen?
¿Por qué este golpe de lucida gente
de los caseros goces se distrae
y dándose á la vela, desde el puerto
se dejan lo seguro por lo incierto?

Es el afán de libertad bendita
que dentro el pecho el corazón esconde;
la sed de un más allá que necesita
saciar el alma, sin mirar adónde;
es la extensión del piélago infinito
que á nuestro anhelo racional responde,
ávido de explorar, veces sin cuento,
la tierra, el mar, el alto firmamento.

Que si algunos por móvil egoísta
al capricho se entregan del destino,
sirviéndoles de cebo la conquista
de algún rico, dorado vellocino;
otros en cambio piérdense de vista
por el opuesto, diametral camino,
persiguiendo incansables su tesoro,
de más valía que un placer de oro.

Que lo digan si no los castellanos
que estas sencillas cárabas equipan;
que lo digan Colón y los hermanos
Pinzón que de su anhelo participan;
ellos pasan los límites lejanos,
de mercantil logranza se emancipan,
ansiando sólo cosechar laureles
con que cambiar el lastre á los bajeles.

Á nadie se le ocurre que á medida
avanzamos en épica jornada,
más difícil y larga la venida
luego será en viaje de tornada.
¡ Qué fácil siempre ha sido la salida!
¡ Qué penosa después la retirada
del campo de batalla ó de los mares,
iguales en obstáculos y azares!

Mas lo mismo el marino que el guerrero
del miedo no hacen caso ni memoria,
cuando á la lid ó al piélago altanero
se lanzan por la patria ó por la gloria;
seguir siempre adelante es lo primero
para lograr en todo la victoria.
¡ La fortuna sonríe al atrevido:
quien no espera vencer, ya está vencido!

En tanto el héroe nuestro, caviloso,
pasea á largos pasos por el puente;
Colón, digo, frenético y ansioso
de sondear la obscuridad de enfrente;
á estas horas, libre del curioso
interrogante hito de la gente,
deja asomar en su semblante ahora
la congoja mortal que le devora.

¿Rondasteis por ventura un campamento
en vísperas de darse una batalla?
Por doquiera palabras de ardimiento
del cuerpo militar que en él se halla;
llamadas de algún bélico instrumento
á cuyo son marcial todo se calla;
y vuelta á las canciones y á los juegos
alrededor de los alegres fuegos.

Aparte, el general allá en su tienda
bebe á sorbos el cáliz de amargura
que la diosa Fortuna, como ofrenda,
exige á quien un éxito madura;
pues en lances de paz ó de contienda,
jamás esta deidad nos asegura
la posesión del triunfo apetecido
hasta haberlo de veras conseguido.

Así, mientras la chusma marinera
con dichos é invenciones se entretiene;
y cierta de llegar á la ribera
el cabrestante de áncora previene;
en su alcázar, Colón silente espera
la del alba, que aun no sobreviene,
de mortales angustias su alma opresa
por el triunfo ó malogro de la empresa.

Gritos tempranos, falsas alegrías
allá desde los mástiles erguidos,
en esta larga noche los vigías
daban al corazón por los oídos;
pero, lo mismo que en pasados días,
todo fué ilusión de los sentidos,
ó delirio de tantos que se empeñan
en ver aquello en que dormidos sueñan.

Esto mismo Colón, tal vez supuso,
cuando, á media noche, vigilante,
vió de una luz el resplandor confuso
al vaivén de las ondas fluctuante;
por esto, ó por guardarse del abuso
de pregonar la tierra á cada instante,
llamó por separado á dos amigos
á quienes de su hallazgo hizo testigos.

Miraron Cosa y Niño al sitio donde,
ansioso, el Almirante les indica;
y aunque la luz, á intérvalos, se esconde,
cada cual su pupila centuplica;
Maestre Cosa, súbito, responde
que del feliz hallazgo certifica,
si bien no se precise cúyo sea
el resplandor de la inflamada tea.

Que como de propósito encendida,
con tiempo para de ella cerciorarse,
no bien fué por sus Argos distinguida,
dejó en el horizonte de mostrarse;
al modo que la lumbre convenida
de una almenara suele divisarse,
cesando el resplandor de la ígnea leña
desde el momento en que se vió la seña.

Con esta aparición de errátil fuego,
quizás de una canoa pescadora,
cambió Colón en bienhechor sosiego
la fiebre que sintió antes de ahora;
seguro ya que el rosicler que, luego,
han de pintar los dedos de la aurora,
á proa mostraría de las quillas
el rizado perfil de las orillas.

De la suerte que en cúspide roquera
un águila caudal está posada,
á cuyo amor de madre desespera
el hambriento piar de la pollada;
que al través de una niebla pasajera,
ve, por suerte, la presa codiciada,
y en propicia ocasión, calando el vuelo,
arrebata la víctima del suelo;

De este modo, Colón, desde su puente,
así que el resplandor ha descubierto,
escucha, más tranquilo de su gente,
el gárrulo rumor y desconcierto;
confiando que al romper el nuevo oriente
ha de mostrarse el suspirado puerto,
al cual en esta noche se aproximan,
aún más de lo que todos se imaginan.

En estas dulces ansias distraído,
el héroe estaba en el alcázar, cuando
vió á su lado el éter encendido
por una nube de reflejo blando.
Muy pronto se vió de ella circuído
y atónito, los ojos levantando,
descubrió en la nube la figura
de una joven radiante de hermosura.

Nuda el cuerpo, sin más velos postizos
que el natural tocado del cabello,
que en ondulantes, en profusos rizos
le cae engolfándose en el cuello;
mostraba al natural los mil hechizos
de aquel su cuerpo torneado y bello,
cuyo rojo color al cobre toma
y al azucena la esbeltez y aroma.

Por un rato Colón mira á la hermosa
sin atreverse nunca á interrogarla,
porque, como á tornátil mariposa,
al soplo de la voz teme ahuyentarla;
pero rendido á la ansiedad curiosa,
al cabo se decide por hablarla,
y con rizado labio, balbuciente,
así la interrogó muy blandamente:

— «*¿ Eres hada de amor, sílfide, ondina*
ó mensajera de los cielos eres,
tú, que en medio de nube nacarina
así, radiante, mi pupila hieres?
¿ Qué dulce nueva á mi bajel te inclina?
¡ Oh visión deleitosa! ¿ Qué me quieres?
Miel de tus labios carmesíes fluya
que con aquesta mi ansiedad concluya.

—*¡Pues qué!, ¿no me conoces, por ventura?*
—la aparecida dice sonriente,
reflejando en sus ojos la ternura
que dentro el pecho por el héroe siente—.
¿Hasta el punto te ciega mi hermosura
que es menester á tu memoria aliente?
¡Recóbrate, ¡oh Colón!, la vista aclara
y fíjala sin nubes en mi cara!

¿Acaso menos bella me soñaste
cuando allende la mar, de corte en corte,
á magnates y reyes me anunciaste
con voz entera, con altivo porte?
Aquélla soy, la estrella en que cifraste
tus ilusiones, tu esperanza y norte,
y que, en pago de pobre carabela,
engarzarás al cetro de Isabela.

La misma, sí, á quien con fiero empeño
y constancia de ardiente enamorado,
en este frágil, miserable leño
al través del Atlántico has buscado;
hiciste bien en no creerme un sueño,
pues ves que comparezco á tu llamado;
mil veces me evocaste, aquí me tienes,
ya que á mi encuentro enamorado vienes.

Que soy grácil, apuesta y peregrina,
á medida cabal de tu deseo;
mejor que preguntarlo, se adivina
en el asombro que en tus ojos leo;
que si no soy de piel alabastrina
como pálida hija de europeo,
la gano á apasionada, y en la cendra
expresión de mis dos ojos de almendra.

Aunque desnudo el seno comparezco,
no lo achaques á causa de pobreza;
es que así, cual las Gracias, aparezco
en todo el esplendor de mi belleza;
pues, más que algunas reinas, me envanezco
en tener, como dote, la riqueza
de este mi vasto, dilatado imperio
que se extiende por todo un hemisferio.

Mañana, á más tardar, suaves tus quillas
felices llegarán á las riberas
del suelo tropical, do las Antillas
anuncian de mis reinos las fronteras;
verás el esplendor de sus orillas,
nunca holladas de plantas extranjeras,
por ellas, la opulencia conociendo
con que ahora te estoy entreteniendo.

Tú el primero serás, que aquí venido
enarboles el lábaro cristiano,
pregonando á mi grey, á grito herido,
la majestad del nombre castellano.
Tú, al regreso del viaje, revestido
de fausto, como un rey del Oceáno,
anunciarás triunfante á las naciones
la invención de estas índicas regiones.

Cien nautas más descifrarán la clave
con que el mar me rodea de misterio,
y, la estela siguiendo de tu nave,
abordarán las playas de mi imperio;
pero á todos darásles tú la llave
para el umbral pasar de mi hemisferio,
al que la suerte quiere que otro hombre
para siempre jamás le dé su nombre.

Será Pinzón el joven quien primero,
en derechura la sudoeste orilla,
pasando el Ecuador vea el Crucero
que rutilante en mis alturas brilla;
cinco lustros después, un extranjero,
como tú, al servicio de Castilla,
al mar del Sud enfilará la proa,
para entonces hallado por Balboa.

Callo el resto que, en día no remoto,
el campo aren de esta mar famosa:
Ojeda, Niño, Lepe, Garay, Soto,
Solís, Grijalba, De Bastidas, Cosa,
Cartier, Cabral, Américo, Gaboto...
y muchos otros de mención honrosa;
mas tu gloria la suya empequeñece
como el Sol á los astros obscurece.

Tras estos nautas, á ominosa parca
veo equipar un bélico navío,
á cuyo bordo el adalid se embarca
de riqueza sediento y poderío;
le contemplo, apenas desembarca,
mis reinos retazar á su albedrío,
y no contento aún, manchar sus manos
con la sangre, ¡oh dolor!, de mis hermanos.

¡Oh pobre raza de la patria mía!
¡Oh dioses de sus templos tutelares!
¡Ya que poco distante está aquel día
en que, cruzando los extensos mares,
venga el blanco, con bélica ufanía,
á derribar tus ídolos y altares;
te importe nuevos usos, nuevas leyes,
y al cetro te someta de sus reyes!

¿Qué será de tus tronos imperiales,
de tus monarcas, que del Sol descienden;
de tus huestes, innúmeras, marciales,
que las regiones índicas defienden?
¿Qué será de tus vírgenes vestales,
que el sacro fuego inextinguible encienden
cual talismán augusto soberano
del poderoso inca peruano?

Yo veo aquellos tronos derrumbarse
á un bote de las lanzas españolas;
morir esos guerreros, ó estrellarse
como en las rocas las mugientes olas;
el coro de las ñustas desbandarse
y, cabe el margen de los ríos, solas,
lamentar la ruina de su imperio
bajo el sauce llorón del cautiverio.

Yo veo, sí, cual jóvenes leones
ganosos de estrenarse en una hazaña,
intrépida porción de campeones
en las guerras de Italia ó de Alemaña;
les miro desertar de sus legiones,
volver al seno de la madre España,
y en la flor de su edad y lozanía,
rumbo emprender hacia la patria mía.

Inútil ahora fuera adelantarte
los nombres de estos cien que, con bizarro
valor, tenaz empeño y diestra arte,
han de uncir mis naciones á su carro;
pero quiero, entre todos, señalarte
á Velázquez, Cortés, Ponce y Pizarro,
á quienes la fortuna ha deparado
lo mejor de mi imperio y más granado.

Por ellos los ibéricos dominios
llegarán de tal suerte á dilatarse,
que durante tres siglos, bien continuos,
el Sol de España no podrá ocultarse;
mas, ¡ay!, cuántos estragos y exterminios
en mis fastos habrán de registrarse,
por la saña inclemente y los rigores
de aquellos mis soberbios vencedores.

Pero yo los acepto de buen grado
y las manos bendigo que, al herirme,
mis ojos han de abrir, y del pecado
de la inocencia á un tiempo redimirme;
ley natural de que implacable el hado
por más tiempo no quiere ya eximirme;
porque es ley de dolor que purifica
y á los ojos del cielo santifica.

Gime la tierra que al primer barbecho
ve desbrozar sus ásperos eriales,
gime la joven que en amante lecho
siente herir sus entrañas virginales;
¿que mucho, pues, que resignado el pecho
acepte yo también angustias tales,
si al precio de mi sangre y amargura
la redención de un mundo se asegura?

Preciso es, pues, que con valor paciente
vea venir el doloroso trance;
¿mas alguien no habrá, al menos, que clemente
la furia de mis penas abonance?
¿Alguien que al eco de mi voz doliente
la noble diestra con amor me alcance,
y á un recto fallo de su labio augusto
diferencie lo justo de lo injusto?

Sí le hay, ¡oh Colón!, tú le conoces;
es la reina magnánima Isabela;
la misma que benévola á tus voces
con sus joyas te armó esta carabela;
y en esta noche, entre los puros goces
de su joven familia, orando vela,
y á los cielos suplica prosternada
por que vuelvas con próspera embajada.

Ella ha de ser el bálsamo y consuelo
que mitigue la prueba dolorosa;
ella la reina que, con pío celo,
legisle á mis hermanos amorosa.
¡Ah! si al menos pluguiese al alto cielo
darla vida inmortal como á una diosa,
para á ella apelar del inhumano
trato de algún procónsul castellano!

Á ti mismo, Colón, ¡oh fiera suerte!,
ha de herirte fortuna casquivana,
cuando el pálido arcángel de la muerte
se lleve á nuestra buena soberana;
¿pero á qué agorera entristecerte
con los tristes presagios del mañana,
si con el mero hecho de nombrarlos
parece que se quiere adelantarlos?

Cálmate, pues, y vuelva la alegría
á tu alma, de sobra conturbada,
con las fatigas, ansias y porfía
de esta sin par, heroica jornada;
embriáguete esta noche la ambrosía
que yo servirte quise, anticipada,
con la dulce noticia que te traje
del lisonjero término del viaje.

Rásguese ya el vespertino velo,
único estorbo que á tu gloria empece
para abatir en la ribera el vuelo
y ceñir el laurel que en ella crece;
rayos del alba cruzan por el cielo;
el lóbrego horizonte se esclarece;
mira enfrente, Colón, la vista explaya
y ante las naves hallarás la playa.»

Estas palabras últimas diciendo,
sonriente el oráculo mostraba
cierta mancha en el mar, que iba creciendo
á medida que el cielo alboreaba;
volvió Colón los ojos, inquiriendo
el sitio que la joven indicaba,
á cuyo tiempo ésta desparece
y la nube en que va se desvanece.

—¡*Tierra*, *Tierra!*, prorrumpe á este momento
desde la *Pinta* èl marinero Triana.
—¡*Tierra*, *Tierra!*, repite herido el viento
al resto de la armada castellana;
á seguida el cañón, con ronco acento,
certifica á la nave capitana
que el comandante de la *Pinta* vía
la misma tierra que anunció el vigía.

Alza la escuadra al Cielo un alarido
de entusiasmo y júbilo triunfante,
cuando el éter, en ondas removido,
trae del bronce la señal tonante;
que cual grito estentóreo surgido
de los profundos cóncavos de Atlante,
rompe el aire, los ámbitos atruena
y en los abismos otra vez resuena.

CANTO X

¡EXCELSIOR!

¡EXCELSIOR!

Al eco de la insólita algazara
que estrepitosa por los aires cunde,
la noche en torpe fuga se declara
soltando el manto que en la mar se hunde;
por Oriente el alba se declara,
y despacio asómase y difunde,
salpicando de rosas las estelas
que dejan las pausadas carabelas.

Á estas horas, la pálida neblina
sus fantásticos brazos despereza,
al frescor de la brisa matutina
que en olorosas ráfagas bosteza;
el espacioso ámbito se afina
con toques de finísima limpieza,
y á cada milla que los barcos andan
los horizontes de la mar se agrandan.

La sombra de la tierra prometida
ante los ojos por momentos crece,
de un nimbo de violeta circuída
que las costas y cabos oscurece;
pero el tiempo transcurre, y á medida
que á popa de las naves amanece,
la aparición se ve, menos opaca,
que riente en los aires se destaca.

Y una isla se vió, llana, redonda,
pequeña, sí, mas de apariencia gaya,
pura esmeralda, verdeante fronda
desde un cabo hasta el otro do se explaya.
Una caleta que el perfil ahonda
de su espumante aljofarada playa,
parece estar marcando el rumbo cierto
para tocar en el seguro puerto.

Á esta ensenada, pues, los timoneles
los sendos gobernalles inclinaron,
y á todo trapo, entonces, los bajeles
en demanda la ínsula marcharon;
á manera de rápidos corceles
cuyo ardoroso ímpetu frenaron,
y, en desquite, parejas con el viento,
rastrean sobre el líquido elemento.

Los nobles bríos refrenar, empero,
del raudo movimiento que llevaban,
y las ansias, también, del marinero
que el vuelo de las naves azuzaban;
los pilotos guiando, el derrotero
con prudentes medidas moderaban,
por ser la mucha prisa, en ciertos casos,
semillero de sustos y fracasos.

Al fin, llegó la armada felizmente
delante de la boca ó angostura,
á partir desde donde, suavemente,
se extiende una bahía en herradura;
y enfilando el canal confiadamente
gobernó hacia dentro en derechura:
las ruginosas áncoras á un tiempo,
soltándolas después sin contratiempo.

En esto se ordenó que embanderase
como en día de gala cada barco
en el instante y hora que asomase
el nuevo Sol por el oriente zarco;
y que el cañón de á bordo se aprontase
á saludar el fausto desembarco;
queriendo el Almirante ello se hiciera
con profusión de pompa marinera.

En un abrir y en un cerrar de ojos,
toda la maniobra estuvo lista;
porque nunca los brazos andan flojos
cuando la recompensa está á la vista;
pudiendo con descanso, á sus antojos,
hacer los argonautas la revista
del nuevo panorama que, riente,
en hemiciclo extiéndese á su frente.

Altos ceibos, copudos caobales,
árboles más sin nombre todavía,
mirábanse en los húmedos cristales
de la anchurosa, límpida bahía;
y frondosos y finos cocotales
ufanos con su eterna lozanía,
cimbreaban sus pencas y cogollos,
erguidos en los áridos escollos.

Allí también, el próvido banano
ostentaba sus dátiles de oro;
sus pomas el anón, la vid su grano,
sus higos-miel el verde sicomoro;
antojándose estar tan á la mano
de estos dones, el ópimo tesoro,
que no faltaba más sino tomarlos,
y con deleitación saborearlos.

Como el cuitado Tántalo de Lidia
á quien su padre Júpiter, de intento,
condenó, castigando su perfidia,
á aquel penoso célebre tormento;
que todo á su redor ponía envidia
en su apetito y paladar sediento,
mas así que los brazos levantaba
la tentación golosa se apartaba;

De parecida suerte, la opulencia
de los frutales árboles que, aposta,
parecían mostrarse en evidencia
esparramados en la verde costa,
del marinero aviva la impaciencia
y con tamaños ojos se regosta,
mirándolos, en tanto que no llega
el hora de esquilmar la fértil vega.

Era tan bello, en suma, este escenario
que por gala pintó Naturaleza;
tan fuera de lo visto y ordinario,
el vicio de los frutos y maleza;
que asaltaba el recelo involuntario
de que fuese verdad tanta belleza,
tomándola antes bien por espejismo
ó fantástica magia del abismo.

Así los hombres somos; de momento
todas las novedades abultamos,
porque siempre tras un cristal de aumento
lo que nos impresiona lo miramos;
lo mismo en la aflicción que en el contento,
la causa natural exageramos;
nunca á un mediano término se ajusta
aquello que nos gusta ó nos disgusta.

Febo, que en opinión de nuestra gente,
su aparición triunfante retardaba,
porque el deseo, ávido, impaciente,
la natural salida adelantaba;
por fin, á largas franjas, el Oriente
de amaranto y carmín arrebolaba,
y como sale el hierro de las fraguas
el Sol se levantaba de las aguas.

La capitana entonces, de improviso,
dispara un cañonazo la primera;
la escuadrilla, que estaba sobre aviso,
en menos de un segundo se embandera;
y con la pompa aquélla, y aquel viso
que suele la ordenanza marinera,
después que sus pendones arbolaron
los buques entre sí se saludaron.

No poca confusión y algarabía
movieron, en oyendo los tronidos,
los indios que al resguardo de la umbría
estaban, con las naves divertidos.
Tal como el bando pastoril que un día
dispersaron los hórridos sonidos
de un caracol de mar que Pan soplara
cuando menos aquél se lo pensara;

Por igual suerte, la sencilla indiada,
oyendo el cañoneo de la flota,
de pánico terror apoderada,
huye veloz, los ecos alborota;
creyendo oir la voz ronca y airada
de alguna excelsa potestad ignota,
cuya voz prepotente el aire atruena,
con cielo azul y con la mar serena.

Aunque más todavía se asombraron
cuando al tornar la vista á la escuadrilla
los indios á los nuestros atisbaron
transbordar y bogar hacia la orilla;
entonces sí que todo se llenaron
de aquel mismo pavor y maravilla
que el incauto troyano cuando viera
el parto del caballo de madera.

Al son de bien templados instrumentos
que del peso á los remos aliviaban,
tres delgados esquifes por momentos
á la encantada playa se acercaban;
Colón y los Pinzones, los asientos
del primero de ellos ocupaban,
siguiéndoles los otros, tripulados
por ciertos marineros y soldados.

En muy pocas bogadas, su faena
los esquifes hicieron, atracando
junto á la playa, cóncava, serena,
al desembarco todos se aprestando;
siendo el primero que saltó á la arena
Colón, por alto fuero de comando,
á quien los dos Pinzones de buen grado
otorgan este honor tan señalado.

Con todas las insignias de almirante
iba Colón ahora revestido;
colgaba de sus hombros, rozagante
amplio manto de púrpura teñido;
y el estandarte real, alto, triunfante,
con firme diestra mantenía erguido,
al que daban realce dos pendones
que á su lado tremolan los Pinzones.

Ambos hermanos, á su vez, vestían
ricos vestidos de brocado y seda;
el resto de los otros que venían
á estos tres capitanes hacen rueda;
y arneses y alabardas relucían
de tal manera al Sol, que, en la arboleda,
los indios que á sus huéspedes miraban
por heraldos del cielo los tomaban.

Así ordenada, en redondel la gente,
salió al medio Colón con su bandera,
y levantando la desnuda frente
los labios despegó de esta manera:
—«*¡Dios augusto, Dios grande, omnipotente,*
de cielos, tierra y mar, causa primera;
que tu nombre inmortal sea alabado
y por siempre jamás glorificado!

Cantemos al Señor á quien debemos,
¡oh píos argonautas castellanos!,
felices arribar á estos extremos
nunca vistos de ojos de cristianos;
á Aquel que ha permitido enarbolemos
el lábaro de nuestros soberanos
en el umbral de este longincuo imperio,
principio de un recóndito hemisferio.

Esta es la prez que nuestro heroico celo
y firmeza loable han conquistado;
éste, el arcano que el hermoso velo
del piélago tenía recatado;
éste, en fin, el vicioso índico suelo
de oráculos y vates anunciado,
que por el lado hespérido completa
la redondez del terrenal planeta.

Y pues el Cielo en invención nos dona
esta risueña isla afortunada
que con otras, acaso, se eslabona
á una extensa región más apartada,
sea un nuevo florón de la corona
de Isabel, y primicia adelantada:
¡Por Castilla y León desde ahora quede!
¡Gracias á Dios que así nos la concede!»

¡Párate, oh Sol, un punto en tu carrera
para escuchar el cántico triunfante
del genovés y de la gente ibera,
victoriosos del piélago de Atlante;
baja, sí, á la índica ribera
y corone tu disco rutilante
las sienes de este nauta sin segundo
que del olvido ha rescatado un mundo!

Y tú, ¡oh Padre Oceáno!, rendido
por las tres carabelas vencedoras,
resurge de tus senos el garrido
enjambre de las náyades cantoras;
canten éstas por mí el merecido
himno glorioso á las hispanas proras,
pues voy á descender, en este punto,
del alto diapasón y contrapunto.

Y aunque loar quisiera las proezas
de tanto y tanto íbero esforzado,
que salvando sin cuento de asperezas
vinieron tras Colón á aqueste lado;
será bien que no suba á más grandezas
cuando tan mal canté lo que he cantado;
ya, como nuevo Ícaro, me siento
castigado por tanto atrevimiento.

ÍNDICE

	Págs.
Por vía de prólogo	V
Argumento	1
Canto I....—La Atlántida	3
Canto II...—Los Argonautas	21
Canto III...—El Pico de Teide	39
Canto IV...—La Isla encantada	59
Canto V...—Leyenda marinera	71
Canto VI...—¡Ave, Maris Stella!	91
Canto VII..—Mar tenebroso	105
Canto VIII.—Buenas esperanzas	123
Canto IX..—La Visión de Colón	137
Canto X...—¡Excelsior!	163

FE DE ERRATAS

Verdaderamente, los autores no servimos para corregir pruebas, sin duda porque sabiéndonos de memoria el texto, leemos de corrido las copias de imprenta.

He aquí las enmiendas principales que deben tenerse en cuenta:

Pág. 18, octava 1.ª, verso 5.º:

y en alas de los vientos voladores,

Pág. 23, oct. 3.ª, v. 6.º:

se dió como consigna de abordaje.

Pág. 36, oct. 2.ª, v. 7.º:

el de la *Niña* con tan buen provecho,

Pág. 42, oct. 1.ª, v. 8.º:

junto aquella que Teide manifiesta.

Pág. 53, oct. 3.ª, v. 2.º:

que á la sombra mi égida ancoradas

Pág. 68, oct. 2.ª, v. 1.º:

Alguno, muy en serio la diputa

Pág. 89, oct. 3.ª, v. 2.º:

que está del marinero apoderada

Pág. 93, oct. 3.ª, v. 7.º:

con el pico hurgándoles el cuello,

Pág. 124, oct. 1.ª, v. 3.º:

al paso y á las riendas obediente

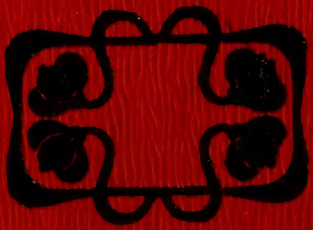
PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6603
A9C6
1912

Bayo, Ciro
La Colombiada

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 14 02 02 006 3



A. López. Rector.